

“Generosas Amazonas acudieron a la brecha”: mujeres sitiadas, agencia y sujeción durante las Guerras de Religión en Francia *

Brian Sandberg

Northern Illinois University

Traducido por Antonio Escobar Tortosa

No debemos ocultar en silencio la generosidad de las mujeres de la ciudad que corrieron en gran número al combate¹

Género, sujeción y violencia

La violencia y la sujeción han emergido recientemente como dos de los puntos principales de mayor importancia para los estudios de género.² La consideración del género a través de múltiples posiciones de sujeto da pie a un replanteamiento de la cosificación y la victimización, lo cual nos puede llevar a enfatizar, de manera un tanto paradójica, la asociación entre feminidad y “vulnerabilidad”, colocando a las mujeres en una posición de víctimas mudas de la violencia con agencia limitada. Diversos estudios poscoloniales que emplean y extienden las teorías sobre la sujeción de Judith Butler han desarrollado nuevas perspectivas útiles sobre los cuerpos generizados y las culturas de la violencia que revalorizan a la mujer en cuanto que sujeto.³ Por ejemplo, el análisis de Veena Das sobre género y violencia durante la partición de la India cuestiona si, en los procesos de formación de posiciones de sujeto sesgadas por género, las mujeres verdaderamente tienen una agencia significativa, o bien se encuentran meramente sometidas por estos mismos procesos. Das atribuye a las mujeres una agencia con-

* Publicado originalmente como Brian SANDBERG: “‘Generous Amazons Came to the Breach’: Besieged Women, Agency and Subjectivity during the French Wars of Religion”, *Gender & History*, 16:3 (2004), pp. 654-688. Nota del traductor: respecto al concepto de *sujeción*, “subjectivity” en el original inglés, que aparecerá en sucesivas ocasiones a lo largo del texto, conviene apuntar una breve deficiencia. La noción de *sujeción* alude al devenir del sujeto en su relación con el poder, enfatizando su continua formación y su subordinación respecto a este, entendido a su vez como un fenómeno exterior al sujeto. Véase Judith BUTLER: *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Madrid, Cátedra, 2010.

¹ “Memoire ou journal du siege de Montpellier”. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folio 184-87.

² Arthur KLEINMAN, Veena DAS y Margaret LOCK (eds.): *Social Suffering*, Berkeley, University of California Press, 1997. Veena DAS, Arthur KLEINMAN, Mamphela RAMPHELE y Pamela REYNOLDS (eds.): *Violence and Subjectivity*, Berkeley, University of California Press, 2000. Veena DAS, Arthur KLEINMAN, Margaret LOCK, Mamphela RAMPHELE y Pamela REYNOLDS (eds.): *Remaking a World: Violence, Social Suffering, and Recovery*, Berkeley, University of California Press, 2001.

³ Judith BUTLER: *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of ‘Sex’*, Nueva York, Routledge, 1993. Íd.: *The Psychic Life of Power: Theories in Subjection*, Stanford, Stanford University Press, 1997.

siderable, constatando su capacidad de negociación a lo largo de un continuo proceso de sujeción, que ella considera como «una agencia compleja compuesta por posiciones de sujeto divididas y fracturadas».⁴ Sin embargo, Das ve en ello un margen de maniobra limitado, reconociendo que los regímenes de cosificación operan de diversas formas y que las experiencias de las víctimas pueden variar ampliamente dependiendo de la manera como se concrete la violencia.

Si la violencia es un “acto performativo”, es importante considerar las intersecciones de las mujeres con la violencia, no solo la violencia ejercida contra las mujeres.⁵ La participación de las mujeres en actos de violencia performativos supone un reto para los estudios de género, pues deben abordar simultáneamente un amplio espectro de violencia, lo cual hace que muchos análisis sobre género y violencia se centren en el hundimiento de los estados, las fracturas sociales y las transformaciones políticas como períodos de cambio claves en los discursos generizados.⁶ Las ambigüedades de la violencia en contextos de violencia civil que difuminan las distinciones entre lo “público” y lo “privado” convierten la sujeción de género en algo aún más complejo. Las Guerras de Religión en Francia de 1562–1629 produjeron precisamente este contexto de difuminación y sujeción fragmentada. Las ambigüedades extremas de la violencia y los desórdenes sociales durante las guerras de religión alteraron significativamente, aunque de manera transitoria, las relaciones normativas de género con respecto a la violencia. Las mujeres francesas que sufrieron los asedios durante las Guerras de Religión nos brindan por tanto un excelente caso para examinar tanto las limitaciones como las posibilidades a las que las mujeres hicieron frente en un período de notable perturbación y relaciones de género en continuo cambio.

Experiencias de la violencia según el género durante las Guerras de Religión en Francia

El estudio ya clásico de Lyndal Roper, *The Holy Household*, argumenta enérgicamente que «las relaciones de género... lejos de verse afectadas de manera tangencial por la Reforma, se encontraban en el núcleo de la Reforma misma».⁷ Las concepciones y los discursos de

⁴ Veena DAS: “The Act of Witnessing: Violence, Poisonous Knowledge, and Subjectivity”, en Íd., Arthur KLEINMAN, Mamphela RAMPHELE y Pamela REYNOLDS (eds.), op. cit., pp. 221–22.

⁵ Sobre “violencia contra las mujeres”, véase Marc BOONE, Therese DE HEMPTINNE y Walter PREVENIER: “Gender and Early Emancipation in the Low Countries in the Late Middle Ages and Early Modern Period”, en Jessica MUNNS y Penny RICHARDS (eds.), *Gender, Power and Privilege in Early Modern Europe*, Londres, Longman, 2003, pp. 27–31.

⁶ Linda GRANT DE PAUW: *Battle Cries and Lullabies: Women in War from Prehistory to the Present*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000. David E. JONES: *Women Warriors: A History*, Londres, Brassey’s, 1997. Anne LAURENCE: “Women’s Work and the English Civil War”, *History Today*, 42 (1992), pp. 20–26. Helen SOLTERER: “Figures of Female Militancy in Medieval France”, *Journal of Women in Culture and Society*, 16 (1991), pp. 522–49. Megan MCLAUGHLIN: “The Woman Warrior: Gender, Warfare and Society in Medieval Europe”, *Women’s Studies*, 17 (1990), pp. 193–209. Rudolf M. DEKKER and Lotte C. VAN DE POL: *The Tradition of Female Transvestism in Early Modern Europe*, Nueva York, St. Martin’s Press, 1989. Barton C. HACKER: “Women and Military Institutions in Early Modern Europe: A Reconnaissance”, *Journal of Women in Culture and Society*, 6 (1981), pp. 643–71.

⁷ Lyndal ROPER: *The Holy Household: Women and Morals in Reformation Augsburg*, Oxford, Clarendon Press, 1989, pp. 1–5, 56, 185–94.

género experimentaron profundos cambios durante el siglo XVI y principios del XVII, y las mujeres europeas participaron en todos los principales movimientos de reforma religiosa. Desde comienzos del siglo XVI en adelante, las mujeres francesas tomaron parte en las nuevas prácticas religiosas y en los esfuerzos para difundir las ideas reformistas. A mediados del siglo XVI, algunas mujeres de la nobleza francesa como Margarita de Navarra promovieron actividades en torno a la Reforma que incorporaban cada vez más elementos de la teología calvinista. Los programas de la reforma calvinista solo se volvieron más expansivos tras el estallido de las Guerras de Religión en Francia en 1562. Juana de Albret dirigió esta reforma en Navarra y prestó ayuda a los calvinistas franceses, conocidos también por el nombre de “hugonotes”. Carlota de Borbón, una prominente noble católica, proporcionó apoyo a los hugonotes antes de convertirse finalmente ella misma en 1572.⁸ Entretanto, muchas mujeres católicas abrazaron la religiosidad de la Contrarreforma, ofrecieron apoyo económico a las abadías y ayudaron a fundar nuevas órdenes religiosas.⁹ Las mujeres francesas de las zonas urbanas se involucraron íntimamente en la promoción de diversas actividades religiosas y en la oposición a la “herejía” en sus propias comunidades. Todas estas actividades religiosas adquieren ahora un significado adicional puesto que los historiadores franceses han reinterpretado las Guerras de Religión en su país, dibujando un panorama de conflictos fundamentalmente relacionados con las creencias y las prácticas religiosas.¹⁰

Estudios históricos recientes sobre la reforma religiosa y la violencia en la Francia de los siglos XVI y XVII no solo nos muestran que las mujeres participaron activamente en las actividades religiosas de la Reforma y la Contrarreforma, sino que su intervención en las reformas y protestas religiosas propició que se vieran envueltas en la violencia cotidiana de la confrontación religiosa. Las mujeres se ponían ellas mismas en riesgo al prestar abiertamente asistencia al clero y a otros creyentes, como cuando algunas brindaron ayuda a correligionarios suyos encarcelados en la ciudad de Troyes.¹¹ Otras mujeres se unieron a cofradías militantes, procesiones reli-

⁸ Sobre Juana de Albret, véase S. Amanda EURICH: *The Economics of Power: The Private Finances of the House of Foix-Navarre-Albret during the Religious Wars*. Kirksville, Sixteenth Century Journal Publishers, 1994, pp. 90–94. Charmarie BLAISDELL: “Religion, Gender, and Class: Nuns and Authority in Early Modern France”, en Michael WOLFE (ed.), *Changing Identities in Early Modern France*, Durham, Duke University Press, 1997, pp. 155.

⁹ Barbara B. DIEFENDORF: “An Age of Gold? Parisian Women, The Holy League, and the Roots of Catholic Renewal”, en Michael WOLFE (ed.), op. cit., pp. 169–90. Elizabeth RAPLEY: *The Devotes: Women and Church in Seventeenth-Century France*, Buffalo, McGill-Queen’s University Press, 1993. R. PO-CHIA HSIA: *The World of Catholic Renewal, 1540–1770*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, capítulo 2

¹⁰ Mack P. HOLT: “Putting Religion back into the Wars of Religion”, *French Historical Studies*, 18 (1993), pp. 58–93. Henry HELLER: “Putting History back into the Religious Wars: A Reply to Mack P. Holt”, *French Historical Studies*, 19 (1996), pp. 853–61. Denis CROUZET: *Les guerriers de Dieu*, 2 vols., Seyssel, Champ Vallon, 1990

¹¹ Penny ROBERTS: *A City in Conflict: Troyes during the French Wars of Religion*, Manchester, Manchester University Press, 1996, pp. 83–84. No obstante, Roberts nunca va más allá de una mención incidental de los roles de las mujeres en las actividades bélicas. Jill Raitt diserta brevemente sobre la propiedad de que las mujeres prestaran asistencia a sus correligionarios en las guerras de religión; Jill RAITT: *The Colloquy of Montbelliard: Religion and Politics in the Sixteenth Century*, Oxford, Oxford University Press, 1993, pp. 139–40.

giosas y multitudes para apoyar su fe y protestar contra los desmanes que percibían en sus comunidades. Un gran número se unió a la Compañía del Santo Sacramento en Ruan, por citar un ejemplo.¹² Debido a su compromiso con las causas religiosas, las mujeres francesas experimentaron violencia física y psicológica de manera habitual mientras duraron las Guerras de Religión. James R. Farr ilustra este tipo de violencia relatando un incidente en Dijon en el que «una mujer protestante recibió una patada *par derrière* y a quienes la acompañaban les fueron arrojadas piedras y basura... esto último, sin duda, como un gesto simbólico de profanación».¹³ El brillante texto de Natalie Zemon Davis en torno a los “ritos de violencia” (*The Rites of Violence*) durante las Guerras de Religión en Francia revela la agencia de las mujeres y adolescentes de las ciudades en actos de violencia religiosa.¹⁴ No obstante, es preciso observar cómo la violencia religiosa y los conflictos bélicos redefinieron las experiencias y posibilidades de las mujeres. El trabajo de Kristen Neuschel sobre las aristócratas francesas en las Guerras de Religión proporciona un intrigante modelo que le sirve para desarrollar diferentes percepciones relativas a las conexiones rituales entre hermanos y hermanas y al significado de la violencia, centrándose para ello en los papeles que el género desempeñó en estas pugnas.¹⁵ A pesar del surgimiento de un debate sobre las diferentes formas en que las mujeres francesas se involucraron en el conflicto durante las Guerras de Religión, incluso la excelente y reciente investigación de Mack P. Holt sobre este asunto solo es capaz de dedicar unas pocas páginas a problemáticas de mujeres y de género debido a la escasa bibliografía histórica sobre este asunto.¹⁶ Únicamente unos pocos trabajos han respondido a la petición de Lyndal Roper de situar el género en el centro del análisis de los estudios sobre la Reforma protestante.

Un artículo reciente de la historiadora S. Annette Finley-Croswhite busca precisamente “generizar” las Guerras de religión en Francia. Finley-Croswhite demuestra el temor del gobierno municipal de Dijon a las “mujeres peligrosas” durante la crisis de la Liga Católica a finales de las décadas de 1580 y 1590, cuando las mujeres de la élite urbana de Dijon que se oponían a la Liga actuaron en defensa de sus hogares y de los intereses de sus familias. Sin embargo, esta exploración de las “formas de agencia femenina” no logra en último término revelar muchas dimensiones de la participación de las mujeres francesas en las Guerras de Religión. El enfoque de este estudio sobre los roles de las mujeres en la gestión del hogar, el intercambio de información y, en última instancia, la influencia política, limita en último término nuestra visión a áreas de actividad que usualmente se asociaban a los roles sociales de las mujeres de la élite durante la

¹² Philip BENEDICT: *Rouen during the Wars of Religion*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, p. 86.

¹³ James R. FARR: *Hands of Honor: Artisans and their World in Dijon, 1550–1650*, Ithaca, Cornell University Press, 1988, pp. 227–28

¹⁴ Natalie ZEMON DAVIS: “*The Rites of Violence*”, *Society and Culture in Early Modern France: Eight Essays by Natalie Zemon Davis*, Stanford, Stanford University Press, 1975, pp. 152–87

¹⁵ Kristen B. NEUSCHEL: “Noblewomen and War in Sixteenth-Century France”, en Michael WOLFE (ed.), op. cit., pp. 124–44.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 124–44. Elaine VIENNOT: “Les femmes dans les “troubles” du XVIe siècle”, *Clio: Histoire, femmes et sociétés*, 5 (1997), pp. 79–96. Mack P. HOLT: *The French Wars of Religion, 1562–1629*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 208–210.

Edad Moderna. Si bien Finley-Croswhite señala acertadamente que «debemos reconocer que la participación de las mujeres ha sido una parte muy real de la historia de las guerras de religión», su descripción de la participación de las mujeres en conflictos religiosos contempla meramente cómo los contextos de expresión de la agencia femenina “normal” propia de las mujeres de la élite cambiaron durante la guerra.¹⁷

Lo que falta en este análisis es una confrontación directa con la violencia como categoría de análisis y un marco crítico para comprender las intersecciones de género y violencia. Las guerras de religión produjeron una situación caótica caracterizada por una autoridad fragmentada, inestabilidad política, jurisdicciones superpuestas e inseguridad crónica que hicieron que el “estado” monárquico pareciera extremadamente frágil. El concepto mismo de cuerpo político y el estatus de la autoridad patriarcal parecían estar bajo constante amenaza. Los poderosos aristócratas encargados de los preparativos para la guerra confiaron en concepciones del honor marcadas por el género y en vínculos clientelares masculinos para formar ejércitos, con o sin aprobación real.¹⁸ Los discursos de la época sobre el conflicto civil retrataban el desorden como algo femenino y describían una rebelión sexualizada. Se consideraba que las mujeres eran ingobernables, y las viudas y las mujeres solteras parecían especialmente peligrosas.¹⁹ Los discursos sobre la rebelión involucraron pues a todas las mujeres en las causas y los procesos del conflicto civil, con independencia de sus acciones individuales. Las mujeres se vieron envueltas en una serie de conflictos donde las fronteras entre los roles militares y civiles se encontraron particularmente difuminadas.²⁰ Al mismo tiempo, las teorías medievales de guerra justa y los ideales caballerescos continuaron ofreciendo cierta protección limitada a mujeres, niños y otros no combatientes.

No obstante, las mujeres francesas disfrutaron de roles sociales ampliados durante las Guerras de Religión.²¹ Se convirtieron en administradoras de sus hogares durante los conflictos, reconstruyendo o adaptando las relaciones de parentesco y mecenazgo. Cuando sus esposos abandonaban el hogar para combatir, a menudo desempeñaban un papel esencial en la gestión de las finanzas familiares, las rentas de las tierras, contratos y otros asuntos.²² Las mujeres de la nobleza francesa en particular realizaban importantes funciones de gestión en el ámbito domés-

¹⁷ S. Annette FINLEY-CROSWHITE: “Engendering the Wars of Religion: Female Agency during the Catholic League in Dijon”, *French Historical Studies*, 20 (1997), pp. 127–54

¹⁸ Brian SANDBERG: “Bonds of Nobility and the Culture of Revolt: Provincial Nobles and Civil Conflict in Early Modern France, 1610–1635”. Tesis doctoral, Universidad de Illinois en Urbana-Champaign, 2001.

¹⁹ Los estudios clásicos sobre tales asociaciones son los artículos de Natalie Zemon Davis ‘The Reasons of Misrule’ y ‘Women on Top’, ambos publicados en su *Society and Culture in Early Modern France: Eight Essays by Natalie Zemon Davis*, pp. 97-151.

²⁰ Barton C. HACKER: op. cit., p. 646. John A. LYNN: *Giant of the Grand Siecle: The French Army, 1610–1715*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 191–93, 337–46. Geoffrey PARKER: *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567–1659: The Logistics of Spanish Victory and Defeat in the Low Countries’ Wars*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972, pp. 86–87.

²¹ Mack P. HOLT: *The French Wars of Religion...*, pp. 208–210

²² Durante el sitio de Sainte-Foy en 1569, las mujeres hugonotes se encargaron de enviar dinero a sus esposos que luchaban en la distancia. Blaise de Monluc, citado en Elaine VIENNOT: op. cit., p. 85.

tico. Muchas aristócratas estaban acostumbradas a celebrar contratos matrimoniales, dirigir peticiones a las autoridades, controlar los bienes de la dote, administrar herencias y supervisar la educación.²³ Si algún miembro de la familia era capturado, las mujeres se habrían visto en la necesidad de negociar su liberación. Cuando el *château* de Claude de Gabriac fue ocupado tras el arresto y destierro de su esposo, ella trató de hacer que le fuera retirada la guarnición, alegando que no tenía «otra casa en la que reunir y acoger a su familia».²⁴ La mayor visibilidad y autoridad que las mujeres ejercieron dentro de los hogares también las hizo vulnerables. El hogar francés de la Edad Moderna fue siempre un espacio disputado, tal como se muestra en diversas representaciones de enfrentamientos entre maridos y esposas por asuntos cotidianos. Sin embargo, estas tensiones domésticas cotidianas parecen haberse visto exacerbadas por conflictos religiosos más amplios.²⁵ Las caóticas circunstancias del conflicto religioso podrían haber limitado la agencia de mujeres que normalmente tenían mayor independencia, como las viudas, ya que sus precarias posiciones sociales se volvieron más vulnerables. Si bien las mujeres casadas llevaban mucho tiempo actuando como administradoras domésticas temporales, en especial mientras sus esposos combatían en guerras en el extranjero, las guerras de religión les otorgaron una autoridad excepcional durante extensos períodos de tiempo debido a las extremas alteraciones sociales y a la naturaleza prolongada del conflicto civil.²⁶

Desde el estallido inicial de las Guerras de Religión las mujeres francesas actuaron como espías, informantes, negociadoras y agentes políticos. Las reinas viudas Catalina y María de Médici lideraron complejos gobiernos de regencia en representación de sus jóvenes herederos. La *comtesse* de Roye y la *princesse* de Conde se encargaron de negociar treguas en la década de 1560.²⁷ Varias mujeres de la nobleza, como las poderosas duquesas de la familia Guise, encabezaron ceremonias políticas, patrocinaron campañas panfletarias y participaron en movimientos

²³ Penny ROBERTS: “Huguenot Petitioning during the Wars of Religion”, en Raymond A. MENTZER y Andrew SPICER (eds.), *Society and Culture in the Huguenot World, 1559–1685*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 73–74. Robert J. KALAS: “Marriage, Clientage, Office Holding, and the Advancement of the Early Modern French Nobility: The Noailles Family of Limousin”, *Sixteenth Century Journal*, 27 (1996), pp. 365–83. Íd.: “The Noble Widow’s Place in the Patriarchal Household: The Life and Career of Jeanne de Gontault”, *Sixteenth Century Journal*, 24 (1993), pp. 519–39. Sharon KETTERING: “The Patronage Power of Early Modern French Noblewomen”, *The Historical Journal*, 32 (1989), pp. 817–42.

²⁴ Adrienne DURAND-TULLOU: *Le loup du Causse. La légende d’un compagnon de Rohan (1594–1638)*, París, Payot & Rivages, 1994, p. 216.

²⁵ Numerosos estudios sobre relaciones de género revelan disputas domésticas en la Edad Moderna en Francia u otras zonas de Europa. Elaine VIENNOT: op. cit., pp. 91–92. Natalie ZEMON DAVIS: *Fiction in the Archives: Pardon Tales and their Tellers in Sixteenth-Century France*, Stanford, Stanford University Press, 1987, capítulo 3. Keith MOXEY: *Peasants, Warriors, and Wives: Popular Imagery in the Reformation*, Chicago, Chicago University Press, 1989. Natalie ZEMON DAVIS: “Women on Top”, *Society and Culture...*, pp. 134–35.

²⁶ Véase Ruth KLEINMAN: “Social Dynamics at the French Court: The Household of Anne of Austria”, *French Historical Studies*, 16 (1990), pp. 517–35.

²⁷ Nancy L. ROELKER: “The Appeal of Calvinism to French Noblewomen in the Sixteenth Century”, *Journal of Interdisciplinary History*, 2 (1972), p. 402.

religiosos.²⁸ Las mujeres francesas que no pertenecían a la nobleza desempeñaban con frecuencia papeles similares en sus propias comunidades y redes postales, negociando acuerdos pragmáticos localizados sobre asuntos religiosos y políticos importantes para sus comunidades.

La guerra a menudo ponía a los civiles en el camino de los ejércitos, que saqueaban rutinariamente pueblos y ciudades a lo largo de las rutas por las que marchaban. Los soldados aterrorizaban a todos los civiles, pero sometían a las mujeres a formas específicas de violencia y humillación por motivos de género, con la violación como ejemplo más evidente. Aunque los ejércitos presentaban serias amenazas para los civiles, mujeres campesinas y de las zonas urbanas, desesperadas o emprendedoras, se unían a menudo a ellos como parte del séquito de las tropas y como refugiadas.²⁹ Entre ellas se incluían las esposas de los soldados, lavanderas, vendedoras ambulantes y prostitutas.³⁰ Otras mujeres francesas respondieron a los peligros de los ejércitos o guarniciones armadas emprendiendo la huida, convertidas en refugiadas religiosas. Por ejemplo, numerosos residentes católicos de la comunidad multiconfesional de Montpellier huyeron durante la guerra civil de 1621–1622, cuando los protestantes dominaron y fortificaron la ciudad.³¹

Muchas mujeres tuvieron que soportar arrestos y confinamiento en cárceles, donde podían ser retenidas como rehenes en espera de que sus familias o comunidades pagaran finalmente su rescate. Por ejemplo, cuando las mujeres católicas de la élite urbana intentaron huir con sus familias del sitio de París en 1590, muchas de ellas fueron encarceladas y retenidas como rehenes a cambio de un rescate por el ejército sitiador.³² Estos encarcelamientos podían incluir humillaciones tales como violencia psicológica y privaciones diversas, así como la tortura judicial. La violencia judicial relacionada con las campañas militares y los castigos impuestos a los

²⁸ Barbara B. DIEFENDORF: “An Age of Gold?...”, en Michael WOLFE (ed.), op. cit., pp. 171–173. Elaine VIENNOT: op. cit., pp. 86–88, 91–92. Stuart CARROLL: *Noble Power during the French Wars of Religion*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

²⁹ Barton C. HACKER: op. cit., pp. 643–671. André CORVISIER y Jean JACQUART (eds.): *Les malheurs de la guerre. I: De la guerre à l'ancienne a la guerre réglée*, París, Éditions du CTHS, 1996. George FORTY: *They Also Served: A Pictorial Anthology of Camp Followers through the Ages*, Londres, Tonbridge, 1979. Myron P. GUTMAN: *War and Rural Life in the Early Modern Low Countries*, Princeton, Princeton University Press, 1980. Herbert LANGER: *The Thirty Years' War*, tr. C. S. V. Salt, Nueva York, Dorset Press, 1990.

³⁰ Los ejércitos de las Guerras de religión en Francia no controlaban eficazmente las poblaciones que conformaban sus séquitos, pero unos pocos intentos ineficaces de implementar regulaciones y penas para impedir delitos y comportamientos inmorales incluyeron artículos que prohibían la presencia de prostitutas. *Anon Certaine Articles or Ordinances made by the French Kinge and the Duke d'Espernon to be Observed by the French Soldyers in the Army, for the Better Government of Them*, Ámsterdam, George Veseler, 1621.

³¹ André DELORT: *Mémoires inédits d'André Delort sur la ville de Montpellier au XVIIe siècle (1621–1693)*, Marsella, Laffitte Reprints, 1980, p. 6.

³² *Journal du siège de Paris*, ed. Alfred Franklin, 1876: Reimpresión, Ginebra, Slatkine-Megariotis Reprints, 1977, pp. 190–92.

“rebeldes” tras las capitulaciones de las ciudades en el sur de Francia parecen haber sido más generalizados en este periodo que los procesos por brujería.³³

Durante las Guerras de Religión en Francia, muchas mujeres se vieron involucradas en episodios de violencia tumultuaria y matanzas religiosas. La violencia tumultuaria tenía generalmente características diferenciadas por género. Las mujeres participaban regularmente en ciertos tipos de acción colectiva en la Francia de la Edad Moderna, especialmente en disturbios del pan y protestas religiosas.³⁴ Las mujeres protestantes tomaron parte en actos colectivos de violencia iconoclasta, mientras que las católicas acudían a procesiones religiosas en zonas urbanas.³⁵ Igualmente, podían verse arrastradas contra su voluntad por las acciones de la multitud. Las multitudes podían dirigir su violencia hacia las mujeres, como hizo una muchedumbre católica en París en 1571 al quemar las pertenencias de un hogar protestante para «castigar a la señora de la casa» por haber convencido supuestamente a las autoridades para que quitasen una cruz de un emplazamiento muy disputado, percibido simultáneamente como escenificación de una victoria confesional por los católicos y como lugar de persecución por los protestantes.³⁶ La historiadora Barbara Diefendorf relata un espantoso incidente que ocurrió durante la matanza del día de San Bartolomé en París en 1572, cuando una muchedumbre católica encontró a Françoise Baillet, una hugonote parisina, escondida en el sótano de un vecino:

«Entonces la agarraron y la arrastraron del pelo por varias calles, y al descubrir las pulseras de oro que llevaba en los brazos, sin tener la paciencia de desabrocharlas, le cortaron las muñecas. Empalada en una varilla metálica de asar carne, fue arrastrada por las calles durante varias horas antes de que su cuerpo fuera arrojado al río. Las dos manos permanecieron en la calle durante varios días... y fueron mordisqueadas por los perros.»³⁷

Diefendorf sostiene que los relatos protestantes de la matanza «en particular enfatizaron el trato abusivo dispensado a mujeres y niños», y señala que «las muertes de mujeres hugonotes son descritas por lo común con más detalle que las de los hombres, en especial si las mujeres eran jóvenes y hermosas, o si estaban embarazadas».³⁸ Por supuesto, se trata de narraciones muy sesgadas que utilizan el martirio o el heroísmo de las mujeres para simbolizar la legitimidad de una causa religiosa. Ninguna de las fuentes aquí citadas puede proporcionar un acceso

³³ Brian P. LEVACK: *The Witch-Hunt in Early Modern Europe*, 2ª edición, Harlow, Longman, 1995, pp. 114–120; Robin BRIGGS: *Witches and Neighbours: The Social and Cultural Context of European Witchcraft*, Harmondsworth, Penguin Books, 1996, pp. 192–93, 308–9

³⁴ William BEIK: *Urban Protest in Seventeenth-Century France: The Culture of Retribution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 36–37, capítulo 6.

³⁵ Natalie ZEMON DAVIS: “The Rites of Violence”, pp. 182–84.

³⁶ Barbara B. DIEFENDORF: *Beneath the Cross: Catholics and Huguenots in Sixteenth-Century Paris*, Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 84–92.

³⁷ *Ibidem*, p. 100.

³⁸ *Ibidem*, p. 102.

directo a las experiencias históricas de las mujeres; no obstante, sí que sugieren las potencialidades de las posiciones de sujeto sesgadas por el género en un período de gran agitación social. Mientras que las hugonotes atrapadas en las matanzas del día de San Bartolomé en París y por toda Francia habrían de ser consideradas víctimas, algunas protestantes desempeñaron también papeles más activos durante las masacres. Mujeres como Charlotte d'Arboleste organizaron pasmosas fugas, mientras que otras protestantes fueron capaces de proteger a sus maridos, hijos, parientes y amigos.³⁹ Hay incluso indicios de que algunas mujeres católicas estuvieron dispuestas a arriesgar sus vidas dando refugio a protestantes que huían de las muchedumbres católicas.⁴⁰ Los relatos de violencia durante las guerras de religión muestran qué pensaban sus contemporáneos sobre las intersecciones de las mujeres con la violencia y empleaban la violencia por motivos de género de manera retórica y simbólica.

Mujeres sitiadas durante las Guerras de Religión en Francia

Aunque las matanzas han tendido a dominar las interpretaciones de la violencia durante las Guerras de Religión en Francia, los asedios crearon espacios diferenciados de relaciones intensificadas y prolongadas con la violencia que son, sin duda, igualmente importantes para entender los distintos significados de la violencia en función del género.⁴¹ Miles de mujeres francesas sufrieron asedios durante las Guerras de Religión cuando sus comunidades fueron rodeadas y sometidas a los horrores de la guerra urbana de la Edad Moderna.⁴² Los ejércitos católicos y protestantes llevaron a cabo numerosos asedios formales y prolongados en los principales pueblos y ciudades, incluyendo París, Orleans, Ruan, Montpellier y La Rochelle. Cientos de otras comunidades, ya fueran grandes ciudades como Lyon, pequeñas ciudades aisladas como Privas o aristocráticos *châteaux* como Montlaur experimentaron asedios breves, asaltos, bloqueos y alteraciones por parte de las fuerzas militares que las rodeaban. Todas estas operaciones de asedio colocaron a las poblaciones asediadas, tanto mujeres como hombres, en inmediata

³⁹ *Ibidem*, pp. 104, 168.

⁴⁰ Diefendorf, cuando analiza el tema de la 'asistencia desinteresada', relata la historia de una 'sirvienta', presumiblemente católica, que protegió a la protestante Madame Jean durante la matanza. *Ibidem*, p. 104.

⁴¹ Diane GERVAIS and Serge LUSIGNAN: “L'état de siège et l'inversion sexuelle des rôles: Les exemples de Jeanne Hachette et de Madeleine de Verchères”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), *Situazioni d'Assedio/Cities Under Siege/États de Siège*, Montalcino, Clio-Polis, 2002, pp. 377–84. Isidro DUBERT y María DEL CARMEN SAAVEDRA: “Women and Siege: The Construction and Utilization of a Legend (1589–1910)”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), *op. cit.*, pp. 359–68. Juliette PARNELL-SMITH: “Des voix oubliées par l'histoire: Mémoires et récits des femmes pendant le siège de Paris et la Commune”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), *op. cit.*, pp. 255–63. Carolyn J. EICHNER: “‘We Must Shoot the Priests’: Revolutionary Women and Anti-Clericalism in the Paris Commune of 1871”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), *op. cit.*, pp. 265–72.

⁴² Michael WOLFE: “Writing the City Under Attack During the French Wars of Religion”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), *op. cit.*, pp. 197–203. Édouard DE LA BARRE DUPARCQ: *Histoire militaire des femmes*, París, Duparcq, 1873, p. 176. Barton C. HACKER: *op. cit.*, pp. 643–71.

proximidad a formas extremas de violencia.⁴³ Las lealtades cívicas, religiosas y políticas se volvieron extremadamente complejas y confusas en este contexto. Los habitantes eran dominados primero por un grupo político-religioso y luego por otro, a medida que las ciudades eran tomadas y recuperadas por ejércitos compuestos por diversos grupos de fuerzas armadas católicas y protestantes durante las guerras civiles.

Las mujeres en todos los niveles de las sociedades urbanas –incluyendo las de familias nobles, comerciantes, artesanas, trabajadoras y pobres– experimentaron la violencia de los asedios, al igual que las campesinas que buscaron refugio en ciudades amuralladas. Las afiliaciones religiosas de las mujeres durante los asedios variaban a lo largo de todo el espectro religioso francés: ultras católicas, católicas moderadas, inconformistas, protestantes moderadas y calvinistas militantes podían ser sometidas a asedio. Entre las mujeres católicas había monjas de órdenes consolidadas desde hacía mucho tiempo, como las benedictinas, así como otras recién enroladas en las nuevas órdenes religiosas de la Contrarreforma. Las laicas católicas se adhirieron a diversas formas de piedad y actividad visionaria, algunas de las cuales bordeaban la heterodoxia. La mayoría de las mujeres protestantes sitiadas eran calvinistas, pero algunas probablemente fueran luteranas, pertenecientes a otras confesiones protestantes o disidentes heterodoxas. Existía gran disparidad entre la mayoría católica que constituía aproximadamente el 90 por ciento de la población francesa y la minoría protestante, que alcanzaba quizás el 10 por ciento. Este extremo desequilibrio poblacional y la creciente actitud defensiva de la “causa” hugonote durante los primeros años del siglo XVII explican la presencia de muchos más ejemplos de mujeres protestantes bajo asedio en el presente análisis. Nancy L. Roelker sostiene que, después de la década de 1570, «el revés de fortuna del colectivo protestante, ahora poco más que una facción militar cuya influencia se limitaba a regiones previamente caracterizadas por una fuerte presencia hugonote, dejaba poco margen para la iniciativa femenina». Si bien Roelker tiene razón al enfatizar el menguante poder de la minoría hugonote en Francia durante las postrimerías de las Guerras de Religión, la presente investigación sugiere que las mujeres protestantes y sus homólogas católicas siguieron desempeñando importantes papeles en la violencia religiosa durante las guerras civiles.⁴⁴ Para comprender mejor las relaciones entre género,

⁴³ Jean-Paul DESAIVE: “Les sièges pendant les guerres civiles in Bourgogne (fin du XVIe siècle): un double témoignage”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), op. cit., pp. 299–306. John CHILDS: *Warfare in the Seventeenth Century*, Londres, Cassell & Co, 2001, pp. 141–49. Thomas F. ARNOLD: *Renaissance at War*, Londres, Cassell & Co, 2001, págs. 24–34. James B. WOOD: *The King’s Army: Warfare, Soldiers, and Society during the Wars of Religion in France, 1562–1576*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, capítulo 10. Geoffrey PARKER: *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500–1800*, 2ª edición, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, capítulo 1. John A. LYNN: “The trace italienne and the Growth of Armies: The French Case”, en Clifford J. ROGERS (ed.), *The Military Revolution Debate: Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe*, Boulder, Westview Press, 1995, capítulo 7. Simon PEPPER y Nicholas ADAMS: *Firearms and Fortifications: Military Architecture and Siege Warfare in Sixteenth-Century Siena*, Chicago, University of Chicago Press, 1986. Christopher DUFFY: *The Fortress in the Early Modern World, 1494–1660*, 1979; reimpr., Nueva York, Barnes & Noble, 1996, pp. 93–100, capítulo 5.

⁴⁴ Nancy R. ROELKER: op. cit., p.403.

sujeción y violencia, en el resto de este artículo nos centraremos en las experiencias y el estatus de las mujeres durante los asedios en la “media luna hugonote” que se extendía desde la ciudad de La Rochelle a lo largo del sur de Francia hasta la antigua provincia de Dauphiné (“Delfinado”), concretamente en las provincias de Guyenne y Languedoc, donde protestantes y católicos a menudo convivían en comunidades mixtas o en ciudades muy próximas entre sí.⁴⁵

Los relatos de asedios representan fuentes aún por explorar para la historia de género; fuentes estas, por lo demás, fundamentales para el presente análisis de las mujeres en contextos de sitio. Las crónicas de los asedios se pueden encontrar en folletos impresos que hicieron circular noticias, políticas, argumentos político-religiosos y textos literarios por toda Francia. Tal como ha demostrado Michael Wolfe, «los relatos impresos sobre los asedios que tuvieron lugar durante las Guerras de Religión en Francia nos ofrecen una rica fuente para reconstruir la realidad, así como la percepción de la guerra durante la Edad Moderna».⁴⁶ Estos folletos no solo informaban sobre los detalles de los asedios, sino que también presentaban perspectivas generalizadas sobre la involucración femenina en la violencia, centrándose a menudo en la “vulnerabilidad” de las mujeres en su descripción de las atrocidades que se cometían. Los discursos de la época sobre violencia, cuerpos, revueltas y religión que surgieron en esta literatura panfletaria se concretaron en las difíciles decisiones que debieron afrontar las mujeres cuando participaron activamente en la violencia civil. Estas narraciones, que fueron publicadas durante e inmediatamente después de los asedios, establecían patrones de género confirmados y elaborados en relatos posteriores. Varios diarios y memorias manuscritos del siglo XVI y principios del siglo XVII, en ocasiones publicados con posterioridad, ofrecen información respecto a las condiciones que sufrieron las mujeres en los asedios de ciudades del sur de Francia como Montauban, Montpellier, Negrepelisse, Pamiers y Privas. Estas narraciones manuscritas, generalmente elaboradas por participantes en las guerras de religión, retratan el heroísmo, el valor y el sacrificio de las mujeres en relatos ejemplares con el propósito de inspirar a sus correligionarios. La correspondencia manuscrita entre aristócratas y miembros de la familia real durante las guerras de religión ofrece abundantes detalles de los asedios, incluida la participación de las mujeres. Las narraciones de sitios en las cartas a menudo describen enfermedades, muertes y atrocidades con mayor inmediatez que otras fuentes. Los estudios locales y las historias sociales redactados mucho después de las guerras de religión nos permiten contextualizar las relaciones de género y los patrones de violencia que afectaban a las mujeres en la sociedad francesa. Todas estas fuentes presentan serios problemas interpretativos, ya que la mayoría de los autores eran combatientes masculinos en pleno conflicto religioso. Las dificultades para acceder a las voces de las mujeres envueltas en estos asedios hacen que sea imposible explorar la “experiencia sentida interior-

⁴⁵ Brian SANDBERG: op. cit.

⁴⁶ Michael WOLFE: “Writing the City...”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), op. cit., p. 201. Para una introducción sobre la producción y distribución de folletos a principios del siglo XVII en Francia, véase Jeffrey K. SAWYER: *Printed Poison: Pamphlet Propaganda, Faction Politics, and the Public Sphere in Early Seventeenth-Century France*, Berkeley, University of California Press, 1990, capítulo 3.

mente”, tan importante en el estudio sobre la subjetividad de Veena Das.⁴⁷ Podemos, no obstante, discernir las posiciones de sujeto que los hombres de la época se vieron forzados a reconocer. Los relatos de asedios eran presentados como testimonios históricos en apoyo de causas político-religiosas, y tales declaraciones de veracidad requerían una descripción plausible y detallada de los acontecimientos. La inclusión por parte de sus autores de las acciones de las mujeres en los asedios demuestra su importancia para las distintas causas durante las guerras de religión. Las narraciones de folletos y relatos manuscritos establecen un marco de excepcionalidad de género en situaciones de asedio, pero al hacerlo facilitan el acceso a la experiencia histórica de las mujeres, si bien con un alto grado de intermediación.

A pesar de las dificultades para interpretar este fragmentario conjunto de evidencias, surgen nuevas perspectivas sobre género y agencia. Numerosas crónicas sugieren que la participación de las mujeres en las operaciones de asedio desafió los estereotipos de género de la época, amenazó las normas sociales y abrió nuevas posibilidades culturales potenciales para estas mujeres. La violencia se convirtió en parte de su vida cotidiana durante los asedios, permitiéndoles el uso de múltiples “tácticas de distracción” para subvertir y evadirse de sus roles sociales normativos.⁴⁸ Actuaron en apoyo de sus correligionarios participando en los conflictos como curanderas, encargándose de los suministros e incluso como combatientes. Las experiencias de las mujeres durante los asedios en el sur de Francia revelan la dinámica de las relaciones de género durante las Guerras de Religión, mostrándonos cómo estas elaboraron y negociaron posiciones de sujeto como víctimas, testigos, defensoras, trabajadoras y combatientes.

Víctimas

Las mujeres francesas a menudo eran víctimas de violencia doméstica y del dominio patriarcal durante los asedios, aun cuando las frecuentes ausencias de sus maridos durante las Guerras de Religión podrían haber debilitado en cierta medida la autoridad patriarcal de muchos hombres. Las actitudes patriarcales produjeron formas extremas de cosificación de las mujeres durante las Guerras de Religión, y los nobles y soldados franceses a menudo consideraron a las mujeres como premios o posesiones durante la guerra.⁴⁹ Estas solían encontrarse aisla-

⁴⁷ Veena Das y Arthur Kleinman proporcionan aquí una de las definiciones disponibles más precisas de sujeción. Veena DAS y Arthur KLEINMAN: “Introduction” en *Íd., Íd., Mamphela RAMPHELE y Pamela REYNOLDS (eds.), op. cit., Berkeley, University of California Press, 2000.*

⁴⁸ Incluso la lectura puede interpretarse como entrar en terreno vedado según la formulación de Certeau. Michel DE CERTEAU: *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire, edición revisada*, París, Gallimard, 1990, pp. Xxxv–liii, 43–49, capítulo 12. La teoría de la sujeción que Certeau critica está mejor explicada en Michel FOUCAULT: “The Subject and Power”, en Hubert L. DREYFUS y Paul RABINOW (eds.), *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, 2ª edición, Chicago, University of Chicago Press, 1983, pp. 208–226.

⁴⁹ Bibliothèque Nationale de France, Clairambault 377, f° 171–172. Simon DU CROS: *Histoire de la vie de Henry dernier duc de Montmorency. Contenant tout ce qu'il a fait de plus remarquable depuis sa naissance jusques a sa mort*, París, Antoine Sommaille & Augustin Courbe, 1643, p. 23. Samuel MOURS: *Le*

das cuando se veían separadas de sus esposos, sus familias y su círculo más próximo. Soportaron la escasez de alimentos al tiempo que organizaban sus hogares para cubrir las necesidades básicas de las personas a su cargo. Si las ciudades bajo asedio recibían refuerzos, algunas mujeres habrían debido abrir sus puertas para hospedar a los soldados que habían acudido a “protegerlas”, pero que en cambio drenaban los recursos de los hogares y ponían en riesgo la honra de estas mujeres.

Fuera de los muros del hogar, la artillería de asedio mataba indiscriminadamente tanto a defensores como a civiles. Los diarios de asedios de la época registran con frecuencia las muertes de mujeres en sus descripciones de actividades cotidianas.⁵⁰ Cuando no estaban esquivando balas de cañón, hacían frente a las sospechas de sus propios conciudadanos y magistrados. Las autoridades municipales de las ciudades amenazadas o bajo asedio arrestaban a veces a mujeres sospechosas y las retenían como rehenes hasta que se pudieran negociar acuerdos de paz.⁵¹ Durante el sitio de Montauban en 1621, se rumoreaba que una mujer atravesaba las líneas de asedio al encuentro del ejército sitiador, «llevando diariamente comida y medicinas al enemigo e informando sobre todo cuanto acontecía en la ciudad». Según una crónica,

«Esto enfureció en gran medida a parte del pueblo llano, que sin apariencia alguna de juicio la apresó. Fue conducida a través de la ciudad y arrojada desde el puente inferior al río Tarn, lo cual dio tal pavor a todas las otras mujeres de la ciudad que no osaron cruzar los fosos de la ciudad por miedo a levantar sospechas.»⁵²

Aunque desconocemos el género de los integrantes de esta muchedumbre, sus acciones pretendían intimidar a todas las mujeres de Montauban. La elección por parte de la multitud de arrojar a la mujer al río sugiere un deseo colectivo de limpiar la contaminación de la ciudad utilizando el agua como agente ritual de purificación. Durante las matanzas religiosas en el transcurso de las Guerras de religión en Francia, los cadáveres o partes de los cuerpos de hombres y mujeres fueron a menudo arrojados a los ríos para purificar las comunidades.⁵³

En las etapas finales de los asedios, las mujeres tenían con frecuencia pocas esperanzas de escapar a la violencia. Una de las opciones a su disposición era huir de la ciudad, muchas veces al amparo de la noche. Las mujeres y los niños protestantes huyeron de Pamiers cuando

Protestantisme en Vivarais y en Velay des origines a nos jours, Valence, Imprimeries Reunies, 1949, pp. 159–166.

⁵⁰ 'Tableau du siege de Montaulban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 22, 57–58. Jacques DE SAINT-BLANCARD: *Journal du siège du Mas-d'Azil en 1625 écrit par J. de Saint-Blancard, défenseur de la place, contre le maréchal de Themines*, ed. C. Barrière-Flavy, Foix, Veuve Pomies, 1894, pp. 14-15.

⁵¹ Barbara B. DIEFENDORF: “An Age of Gold?...”, en Michael WOLFE (ed.), op. cit., pp. 179–85; Claude DEVIC y J. VAISSETE: *Histoire generale de Languedoc*, vol. 11, Toulouse, Privat, 1872–1905, p. 595.

⁵² 'Tableau du siege de Montaulban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folio 34.

⁵³ Por ejemplo, Roberts describe a la esposa de un bordador en Troyes a la que mataron en 1572 y luego fue arrojada desde un puente al río. Penny ROBERTS: *A City in Conflict*, p. 148.

la artillería de los sitiadores católicos abrió brecha en las murallas.⁵⁴ A medida que el sitio de Privas encabezado por el propio monarca de Francia, Luis XIII de Borbón, progresaba rápidamente en 1629, muchos ciudadanos huyeron al bosque en un intento desesperado de escapar. Las tropas reales capturaron a muchos de ellos, incluidas algunas mujeres que, al menos según el propio Luis XIII, no sufrieron ningún daño.⁵⁵ Al término del asedio de Saint-Sever, la ciudad ardió: «Cuando llegó la noche las llamas aún se elevaban, y aquello era una imagen horrible de ver. Varios hombres, mujeres y niños fueron reducidos a cenizas: el resto hizo un agujero en la muralla, y gracias a la cobertura de caminos hundidos y lugares que resultaban inaccesibles para la caballería se salvaron esa misma noche huyendo a través de las montañas». ⁵⁶ Las mujeres que permanecían en las ciudades a punto de ser tomadas se arriesgaban a perderlo todo.

Si las defensas de una ciudad caían, la “ley del asedio” de la Edad Moderna podía ser brutal, en especial para las mujeres. Todo el mundo entendía que cualquier ciudad que se defendiera una vez se le ordenaba rendirse quedaba a merced de sus atacantes. «De acuerdo con las leyes de la guerra», explica Geoffrey Parker, «una ciudad que rechazaba una demanda de rendición de alguien que la reclamaba por derecho suponía un insulto a su autoridad que el honor le obligaba a vengar; y cuanto más tiempo aguantara, peor sería el castigo». ⁵⁷ En mitad del conflicto civil, los habitantes de las ciudades que de modo desafiante se negaban a rendirse una vez su ejército había abierto brecha en las murallas atentaban contra el concepto masculino de honor de cualquier comandante perteneciente a la aristocracia. Quizá debido a que las mujeres francesas estuvieron tan asociadas con la defensa urbana durante las Guerras de Religión, rara vez eran tratadas como civiles inocentes por los ejércitos atacantes.

Los soldados victoriosos a menudo sometían a las mujeres de las ciudades vencidas a una brutal violencia sexual. Estos a veces incluso consideraban a las comunidades como premios, viendo la violación y el saqueo como parte de su merecida recompensa por la captura de las ciudades. Cuando los protestantes tomaron el control de Pamiers, «violaron a las hijas de los católicos y persiguieron a las esposas e hijos pequeños de los refugiados católicos con piedras y porras». ⁵⁸ Los soldados en ocasiones tomaban parte en atrocidades masivas que combinaban violencia sexual y matanzas colectivas. Una vez que las tropas católicas superaron las defensas de la ciudad de Bonail, «los pasaron a todos por la espada... nunca antes se vieron tantas ejecuciones en tan poco tiempo», registraba un folleto. ⁵⁹ Cuando los residentes de Negrepelisse cerraron sus puertas y rechazaron la entrada del rey en 1622, el ejército real asedió la ciudad y abrió

⁵⁴ Bibliothèque Nationale de France, Dupuy 100, folios 298–301.

⁵⁵ Luis XIII a María de Médici. Campamento de Privas, 28 de mayo de 1629. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 3829, folio 7–8.

⁵⁶ La prise des villes de la Caune et Saint Sever en la comte de Castres par Monseigneur le Prince ensemble la trahison du sieur de Linas gentilhomme rebelle des montagnes de Castres, gouverneur dudit Saint Sever. Et le nombre de ceux qui ont été pendus et tuez. Copia. BM Montpellier, 30017, folio 6

⁵⁷ Geoffrey PARKER: “Early Modern Europe”, en Michael HOWARD, George J. ANDREPOULOS y Mark R. SHULMAN (eds.), *The Laws of War: Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Yale University Press, 1994, p. 48; Philip BENEDICT: op. cit., pp. 99–102.

⁵⁸ Bibliothèque Nationale de France, Clairambault 377, folios 829–30.

⁵⁹ La Prise par force de la ville de Bonail en Languedoc. Copia. BM Montpellier, 30017, folio 5.

brecha en sus murallas. Cuando las tropas reales se lanzaron al asalto a través de esta brecha, irrumpieron en Negrepelisse y la saquearon e incendiaron, matando a unos 800 residentes. Según una fuente, «todas las mujeres y muchachas jóvenes fueron violadas y masacradas». ⁶⁰ Otra narración describe a mujeres que saltaban al río con sus hijos en brazos para escapar de la carnicería. ⁶¹ Fuera quien fuese el responsable último de esta orgía de violencia, los comandantes del ejército ciertamente completaron la destrucción de Negrepelisse mandando ahorcar a toda la guarnición del *château* de la ciudad cuando esta finalmente capituló. Otras comunidades del sur de Francia sufrieron una violencia masiva de tintes similares, y la ciudad de Privas fue totalmente destruida en 1629. Estas atrocidades extremas parecen haber ido más allá de una aplicación normal de la "ley del asedio" propia de los conflictos en la Edad Moderna. Las animosidades religiosas y la inestabilidad política se combinaron en este período para traspasar los límites convencionales de la violencia excesiva y producir las acciones de guerra más brutales. Difícilmente puede sorprender que los temas de *El rapto de las sabinas* y *la Matanza de los Inocentes*, con sus representaciones de soldados violando brutalmente a mujeres y masacrando niños, fueran tan populares en las producciones artísticas y literarias de este período. ⁶²

La vulnerabilidad de las mujeres ante la violencia ejemplarizante de los ejércitos sitiadores es un frecuente tropo representativo de la Edad Moderna, a menudo empleado por autoridades municipales partidarias de la capitulación con la esperanza de ver atenuado el castigo que impondrían los sitiadores. ⁶³ Cuando un destacamento real rodeó Alès poco después de la destrucción de Privas en 1629, el temor a sufrir las consecuencias de una defensa fallida facilitó la rendición de la ciudad. Los ciudadanos no querían que su ciudad fuera saqueada y expoliada, o «ver a sus esposas e hijas violadas frente a ellos». ⁶⁴

Sin lugar a dudas, las mujeres francesas sufrieron terriblemente durante las Guerras de Religión. Tal como observa S. Annette Finley-Crowwhite, «las pinturas y los grabados en madera de las matanzas urbanas del siglo XVI realizados entonces muestran cadáveres de mujeres

⁶⁰ *Relation veritable et journaliere de tout ce qui s'est passé en France & Pays Estrangers. Depuis le depart du roy de sa ville Capitale de Paris, jusqu'a present*, Paris Joseph Bouillierot, 1622. Bibliothèque Nationale de France, Clairambault 378, folios 150–69.

⁶¹ *Recit veritable de tout ce qui s'est passe en l'armee du roy depuis le 28 may jusques au 24 juin, ou se voit la prise de Negrepelisse, bruslement d'icelle, & chastiment des rebelles...*, Lyon, Claude Armand, 1622, pp. 9–10.

⁶² Esta interpretación apoya la afirmación de Geoffrey Parker de que la desconfesionalización en la segunda mitad del siglo XVII contribuyó a reducir las atrocidades en los conflictos europeos y a aumentar las restricciones sobre la violencia armada convencional. Geoffrey PARKER: “Early Modern Europe”, p. 54. Para consultar representaciones de los temas de la “Matanza de los Inocentes” y “El rapto de las sabinas” en este período, véase Peter Paul Rubens, *The Massacre of the Innocents* (c. 1609–1611), recientemente vendido en Sotheby's, Londres; Peter Paul RUBENS: *The Massacre of the Innocents (1621)*, Alte Pinacotek, Munich; Nicolas POUSSIN: *La Massacre des Innocents (c. 1625)*, Musée Conde, Chantilly; Íd.: *L'Enlèvement des Sabines* (c. 1630), Louvre, Paris.

⁶³ Harangue faite au Roy, par messieurs de Montpellier. BM Montpellier 30239, folio 1. Inquietudes similares en el asedio de Sancerre pueden verse en Jean DE LÉRY: *Histoire mémorable de la ville de Sancerre, contenant les entreprises, sieges, approches, bateries, assaux et autres efforts des assiegans*, Ginebra, 1574, pp. 201–202

⁶⁴ Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18972, folios 36–38.

arrojados a ríos y desparramados en calles, callejones y sobre las aceras de las plazas públicas». Sin embargo, su opinión en cuanto a que «en términos de la interpretación histórica de las mujeres en contextos de guerra, esta imagen de víctimas indefensas es todo cuanto realmente parece que sabemos» pasa por alto la labor pionera de las historiadoras Natalie Zemon Davis y Barbara Diefendorf, entre otros.⁶⁵ Si bien las mujeres atrapadas en asedios fueron claramente víctimas de la guerra, rara vez estuvieron “indefensas”. Cualesquiera que fueran las limitaciones que el estatus de víctimas imponía a estas mujeres, ello no les impedía desarrollar otras posiciones de sujeto.

Testigos

Las mujeres se convirtieron en testigos íntimos de la violencia durante los asedios. Para muchas francesas, los asedios de las Guerras de Religión constituían horriblos pero a la vez increíbles espectáculos. El estruendo de la artillería de asedio, el zumbido de los proyectiles y las fuertes explosiones de las minas de pólvora crearon nuevos paisajes sonoros. Los campamentos repletos de tiendas de campaña, armaduras relucientes y coloridos estandartes conformaban un impresionante panorama. Si los morteros se disparaban de noche, el cielo quedaba iluminado por breves pero espectaculares explosiones similares a fuegos artificiales. Algunas aristócratas de la corte real acompañaron al ejército de Luis XIII para contemplar el sitio de Montauban en 1621.⁶⁶ Cuando un ejército católico asedió la ciudad de Le Pouzin, «las mujeres de Valence y las que vivían en el campo vinieron a las orillas del Ródano para disfrutar de este asedio». Contemplar el sitio también implicaba riesgos para estas mujeres, como descubrieron cuando un hombre que pasaba por su lado «fue gravemente herido muy cerca de ellas por un disparo de mosquete en la cabeza».⁶⁷ Tras haber experimentado la emoción inicial de este espectáculo, las mujeres de Valence pudieron regresar a sus hogares, pero puede imaginarse que cualquier glamour que el asedio pudiese haber ofrecido a las mujeres atrapadas en el sitio de Le Pouzin no tardaría en desvanecerse.

En marcado contraste con la pasividad del estatus validador como espectadoras que las mujeres ostentaban en la idealizada literatura caballeresca de la Edad Media, donde las integrantes de la nobleza eran representadas contemplando justas y torneos, su testimonio durante las Guerras de Religión representaba un acto público y político.⁶⁸ Las mujeres atrapadas en los asedios fueron testigos de viscerales y perturbadoras formas de violencia. El análisis de Veena Das sobre estas en cuanto que testigos de la violencia resulta de utilidad en este punto. Das se

⁶⁵ S. Annette FINLEY-CROSWHITE: op. cit., p. 129.

⁶⁶ François BASSOMPIERRE: “Memoires du Marechal de Bassompierre”, en Joseph François MICHAUD y Jean J. F. POUJOLAT (eds.), *Nouvelle collection des Memoires pour the histoire de France*, 2ª serie, vol. 6, París, Firmin Didot, 1837, pp. 170–71.

⁶⁷ *Les commentaires du soldat du Vivarais*, 1908, Reimpresión, Valence, La Bouquinerie, 1991, p. 164.

⁶⁸ Penny Richards refuta la noción de las mujeres como espectadoras durante las Guerras de Religión en Francia. Penny RICHARDS: “The Guise Women: Politics, War and Peace”, en Jessica MUNNS e Íd. (eds.), *Gender, Power, and Privilege in Early Modern Europe*, Londres, Longman, 2003, p. 169.

centra en la imagen del ojo femenino «no como el órgano que ve, sino como el órgano que llora» para comprender sus respuestas ante la violencia que observaban.⁶⁹ Durante las Guerras de Religión, las mujeres francesas involucradas en contextos de asedio se vieron obligadas a observar de cerca la violencia y tratar de comprender horrores casi inimaginables, lo que nos llevaría a considerar cómo lloraban.

Estas mujeres fueron testigos a diario de las privaciones y de la desagradable violencia de las operaciones de asedio. Las explosiones de minas y granadas de mano desmembraban cuerpos. Los proyectiles disparados por los morteros explotaban en mitad de las comunidades sitiadas, hiriendo con metralla a los residentes y provocando incendios en los edificios. Las balas de mosquete de gran calibre y los disparos de artillería aplastaban los huesos de soldados y no combatientes por igual cuando los sitiadores se aproximaban a las ciudades.⁷⁰ Si un asedio duraba lo suficiente, la escasez de alimentos garantizaba que las casas y los improvisados hospitales estuvieran llenos no solo de heridos, sino también de residentes que habrían enfermado por la desnutrición y el hambre.⁷¹ Cuando la ciudad de La Rochelle finalmente se rindió en 1628, «las calles y las casas estaban infectadas con gran número de cadáveres sin enterrar ni sepultar, pues al término de este asedio, [los habitantes] recordaban más a esqueletos que a hombres vivos». ⁷² A veces, las mujeres parecen haberse atrincherado en sus hogares durante los asedios en un intento de bloquear el paso a los horrores y la violencia. Sin embargo, presenciar la violencia se convirtió en parte de sus obligaciones cotidianas al tiempo que trataban de proteger a sus familias y pertenencias.

Este dar testimonio también podría interpretarse en términos religiosos. Tratando de encontrar algún sentido en los horrores de la guerra de asedio, las mujeres consultaban al clero y buscaban orientación espiritual. Tanto las protestantes como las católicas participaban en los servicios religiosos y en los rituales de sus iglesias.⁷³ Una adinerada parisina llamada Barbe Acarie también parece haber entendido este testimonio en términos religiosos. Acarie «fue una feriente participante en las numerosas procesiones religiosas auspiciadas por la Liga», y «experi-

⁶⁹ Veena DAS: “The Act of Witnessing...”, p. 208.

⁷⁰ Sobre la guerra de asedio, las armas y las heridas durante el período de las Guerras de Religión en Francia, véase: Thomas F. ARNOLD: *Renaissance at War*, Londres, Cassell & Co, 2001, pp. 24–34; James B. WOOD: op. cit., pp. 113–118, 199; y Richard A. GABRIEL y Karen S. METX: *A History of Military Medicine*, vol. 2, Nueva York, Greenwood Press, 1992, capítulos 2 y 3.

⁷¹ Si bien pueden citarse muchos relatos de privaciones durante los asedios de las Guerras de religión en Francia, la hambruna relatada por Pierre de L'Estoile en el asedio de París en 1590 resulta representativa: «La mayoría de la gente comenzó a comer pan hecho de gatos y de salvado, y aun así estaba racionado... La carne de caballo también era tan cara que la gente pequeña no podía comprarla; tenían que cazar perros y comerlos, y hierbas crudas sin pan, lo cual era una cosa fea y lamentable de contemplar». Pierre de L'Estoile citado en Julien COUDY (ed.): *The Huguenot Wars*, Filadelfia, Chilton, 1969, pp. 344–45. Jean DE LÉRY: *Histoire memorable de la ville de Sancerre, contenant les entreprises, sieges, approches, bateries, assaux et autres efforts des assiegans*, Ginebra, 1574, pp. 158–160.

⁷² Louis DE PONTIS: *Memoires*, 1676, Édition critique, ed. Andree Villard, París, Honore Champion, 2000, pp. 330–31.

⁷³ Pierre DE L'ESTOILE: *The Paris of Henry of Navarre as seen by Pierre de l'Estoile*, tr. Nancy Lyman Roelker, Cambridge, Harvard University Press, 1958, p. 189.

mentó (o, al menos, recordó) los cinco meses en los que la ciudad de París permaneció en poder del ejército de Enrique IV como un período de exaltación espiritual». ⁷⁴ Las mujeres protestantes fueron testigos de los asedios a través de una forma diferente de religiosidad que se centraba en la promoción de la pureza moral, la eliminación de la idolatría, la lectura de la Biblia y la entonación de salmos. ⁷⁵ Las mujeres de ambas confesiones que contemplaron la destrucción, la hambruna y la muerte durante los asedios podían fácilmente adoptar las imágenes apocalípticas de los “cuatro jinetes” para explicar sus experiencias. La religiosidad milenaria de ambas confesiones inspiró la poderosa convicción de que las señales de la ira de Dios presagiaban la Segunda Venida de Cristo y el Juicio Final. ⁷⁶ La contemplación de la violencia en apariencia apocalíptica de los asedios podría haber contribuido a la popularidad de ciertas formas de religiosidad que enfatizaban las profecías y experiencias visionarias.

Las mujeres que sobrevivieron a los sitios relataron sus angustiosas experiencias y dieron testimonio del estado en que quedaron sus comunidades. Huyeron de las ciudades convertidas en refugiadas, llevando noticias y testimonios al mundo exterior. No obstante, huir a través de las líneas de circunvalación de los ejércitos sitiadores solo era una opción realista para las mujeres adineradas. La esposa y los hijos de Pierre de l'Estoile huyeron de la París sitiada cuando las reservas de alimentos estuvieron peligrosamente cerca de agotarse en 1590, pero de l'Estoile anotó que «esto fue muy costoso, pero no obstante necesario, a causa de la gran hambruna». ⁷⁷ Huir en calidad de refugiado a menudo exigía evitar a los guardias de la ciudad y a los soldados de las guarniciones, y luego un peligroso cruce a través de los campamentos del ejército sitiador, incluso si se tenía un pasaporte y dinero para sobornos. En 1575, «algunos ricos habitantes de Montpellier» huyeron de sus hogares y «buscaron refugio» en la cercana Aigues-Mortes, solo para convertirse en prisioneros cuando la ciudad fue capturada. ⁷⁸ Irónicamente, las mujeres encarnaban el recuerdo de los asedios, y a pesar de ello con frecuencia sus voces aparecen enmudecidas o silenciadas en las narraciones de los mismos. ⁷⁹

Cuando el asedio era levantado tras una exitosa labor de defensa, una repentina sensación de alivio se propagaba entre los defensores, y las mujeres se habrían visto arrastradas por la euforia en las celebraciones de la victoria de su comunidad. La emoción ante el abrupto final de un asedio también habría brindado muchas oportunidades a las mujeres; algunas de ellas incluso se beneficiaron del conflicto. Cuando el ejército real que había mantenido bajo asedio Montauban en 1621 finalmente abandonó el sitio y se retiró, «Todos aquellos que estaban en la ciu-

⁷⁴ Barbara B. DIEFENDORF: “An Age of Gold?...”, pp. 174-75.

⁷⁵ Natalie ZEMON DAVIS: “City Women and Religious Change”, en *Society and Culture...*, pp. 86-93. Nancy L. ROELKER: op. cit., pp. 403-13. Raymond A. MENTZER JR.: *Blood & Belief: Family Survival and Confessional Identity among the Provincial Huguenot Nobility*, West Lafayette, Purdue University Press, 1994, pp. 100-103.

⁷⁶ Andrew CUNNINGHAM and Ole PETER GRELL: *The Four Horsemen of the Apocalypse: Religion, War, Famine and Death in Reformation Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

⁷⁷ Pierre DE L'ESTOILE: op. cit., p. 192.

⁷⁸ Claude DEVIC y J. VAISSETE: op. cit., p. 604.

⁷⁹ Catherine RANDALL: “Shouting down Abraham: How Sixteenth Century Huguenot Women Found their Voice”, *Renaissance Quarterly*, 50 (1997), pp. 432-38.

dad se enteraron de la retirada y acudieron corriendo en grupos (jóvenes y viejos, hombres y mujeres, sin distinción de sexo) para tomar parte en el saqueo. Incluso los enfermos fueron lo bastante fuertes y robustos para tomar su parte». ⁸⁰ Aquellos que lograban apoderarse de los bienes abandonados por los soldados podían obtener ganancias revendiéndolos. Una vez concluidos los asedios, las mujeres debían redefinir sus posiciones de sujeto y adaptarse a la transformación del estatus temporal que ostentaron mientras duró el estado de sitio de acuerdo con otras definiciones de sus roles. Los asedios dejaban a veces tan castigadas y dañadas a las comunidades que la reconstrucción era una labor de generaciones, pero el tiempo que precisaron las mujeres que presenciaron los asedios para su recuperación es algo que desconocemos.

Defensoras

Las mujeres no solo fueron testigos de la violencia de los asedios, sino que participaron activamente en la defensa de sus comunidades. «No debemos ocultar en silencio la generosidad de las mujeres de la ciudad que corrieron en gran número al combate», registraba un diario en aquel entonces, «algunas con vino para refrescar a los soldados y consolar a los heridos, otras con piedras y aun otras con armas». ⁸¹ Las narraciones de asedios de los siglos XVI y XVII describían repetidamente a las mujeres como *genereuses*, empleando discursos sobre generosidad y nobleza para explicar las relaciones de las mujeres con la violencia. Los contemporáneos de estas mujeres usaron *genereuse* para referirse a cualidades como la “valentía” y la “caballerosidad”, entonces típicamente asociadas a la nobleza. Se pensaba que la generosidad y la magnanimidad eran cualidades adquiridas al nacer, pero el concepto también hacía referencia a ciertas acciones y a una noción de valentía específicamente masculinas. En algunos contextos, no obstante, esta generosidad podía traducirse como productividad y fertilidad sexual femenina. Al elogiar a las mujeres por sus generosas acciones durante los asedios, estas narraciones desdibujaron las concepciones de género: las mujeres descritas podían ser vistas simultáneamente como guerreras viriles y como cuidadoras femeninas. ⁸² La concepción de las mujeres como defensoras les otorgó un lugar legítimo en la práctica de la guerra y aportó cierta confusión respecto a los roles socialmente aceptables para ellas. Natalie Zemon Davis sostiene que «si la ira de una mujer estallaba en forma de violencia, podía ser aprobada socialmente en el caso excepcional de que se encontrase defendiendo a sus hijos o su religión, como durante una revuelta del grano o en un alzamiento religioso, o a su pueblo, como Judith y Juana de Arco, pero el derramamiento de sangre más propiamente dicho solía reservarse para los hombres». ⁸³ Las narraciones de asedios

⁸⁰ 'Tableau du siege de Montauban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 65–66.

⁸¹ 'Memoire ou journal du siege de Montpellier'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folios 184–187.

⁸² Esta confusión sobre categorías de género es todavía más interesante dados los vínculos entre *genereux / euse*, *genre* y *generer*. Alain REY (ed.): *Dictionnaire historique de la langue française*, 2ª edición, París, Dictionnaires Le Robert, 1995, pp. 879–82. *Le dictionnaire du français*, ed. Mireille Maurin, París, Hachette, 1992, pp. 724–25.

⁸³ Natalie ZEMON DAVIS: *Fiction in the Archives...*, p. 81.

del momento construyeron por tanto un ideal respecto a los roles de las mujeres en tanto que “generosas” defensoras, especialmente importante dado que la defensa frente a los asedios proporcionó uno de los pocos canales socialmente aceptables para que las mujeres se involucraran en acciones violentas.

Los relatos de asedios de la Edad Moderna podrían basarse en una larga tradición literaria que asociaba a las mujeres con labores defensivas. Las descripciones de mujeres defensoras durante las Guerras de Religión francesas se basaron en ejemplos de la literatura clásica, como cuando en los folletos se las comparaba con Minerva, la diosa armada.⁸⁴ La escritora tardomedieval Christine de Pizan proporcionó un modelo para las discusiones sobre mujeres sitiadas en las Guerras de Religión, elogiando la virtuosa ayuda que prestaron las mujeres romanas en la defensa de Roma frente a Aníbal.⁸⁵ A pesar del recurso a imágenes clásicas y tradiciones literarias establecidas, las representaciones de mujeres defensoras durante las Guerras de religión en Francia incorporaron una serie de elementos nuevos y distintos. Las inquietudes propias de la religiosidad de la Reforma, las exigencias del acalorado debate religioso vigente en la época y las circunstancias derivadas de las divisiones religiosas en Francia otorgaron nuevos usos a las imágenes de Amazonas. Por ejemplo, una narración elevaba a las católicas a la categoría de Amazonas por su piedad cristiana frente al gobierno protestante de su ciudad.⁸⁶ Las imágenes renacentistas populares en Francia durante las Guerras de Religión retrataban a las mujeres asediadas como virtuosas y las asociaban con la virtud clásica de la Valentía, que se representaba como una fémina armada con características masculinas.⁸⁷

Los relatos de asedios de las guerras de religión también colocaron a las mujeres dentro de narrativas más amplias sobre participación femenina en actos de guerra. Un folleto recordaba que:

«Durante la antigüedad hubo mujeres ilustres que fueron muy estimadas por su generosa valentía, ya fuera en ejercicios militares o en otras ocupaciones... Estaban las mujeres persas equipadas como *gendarmes* que seguían a sus esposos a la guerra, que luchaban valientemente con ellos y mostraban su coraje, y no temían a la muerte,

⁸⁴ *Immortalité du carrousel de Monseigneur d'Espèron, duc et pair de France, colonel de l'infanterie française, gouverneur & lieutenant general pour le roy en Guyenne: Avec le trophée de ses victoires*, París, Carroy, 1627. Bibliothèque Nationale de France, YE 16473, folio 32. Christine DE PIZAN: *The Book of Deeds of Arms and of Chivalry*, tr. Sumner Willard, University Park, Pennsylvania State University Press, 1999, p. 13, nota 13.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 223, nota 109.

⁸⁶ André DELORT: *op. cit.*, p. 6. Véase también: Peter Paul RUBENS: *The Battle of the Amazons (c. 1618)*, Bayerische Staatsgemäldesammlungen, Múnich.

⁸⁷ Marina WARNER: *Joan of Arc: The Image of Female Heroism*, Berkeley, University of California Press, 1981, p. 231. Cesare RIPA: *Iconologia*, ed. Piero Buscaroli, Milán, Tascabili degli Editori Associati, 1992, pp. 142–144. Cesare RIPA y Jean BAUDOIN: *Iconologie*, París, Mathieu Guillemot, 1644. François DE BILLON: *Le fort inexpugnable du sexe féminin, construit par Francoys de Billon secretaire*, París Ian Al'yet, 1555.

queriendo por encima de cualquier otra cosa que se les permitiera ser despedazadas con sus esposos, antes que quedar a merced del enemigo.»⁸⁸

Estas mujeres persas vienen seguidas por las mujeres germanas «vestidas con ropas de hombre, equipadas como *gendarmes* y montadas en caballos barbados, que seguían al ejército con viril coraje», por las que se unieron al ejército del emperador Conrado III de Alemania para combatir en Tierra Santa, y por una multitud de guerreras históricas y de la época.⁸⁹

También se reivindicó una herencia específicamente francesa mediante folletos que elogiaban a las mujeres francas y francesas de la Edad Media que supuestamente habían defendido sus *châteaux* o ciudades fortificadas durante diversos asedios. A finales del siglo XVI y principios del siglo XVII, los escritores y artistas franceses retrataban a Juana de Arco como una amazona.⁹⁰ En el sur de Francia, la leyenda de la Dama de Carcas, que supuestamente defendió la ciudad de Carcassonne contra los francos en el siglo VIII, habría adquirido popularidad ya durante la Edad Moderna.⁹¹ Según un folleto de 1621 titulado *L'Exercice militaire fait par les femmes de la ville de La Rochelle* ("Ejercicio militar hecho por las mujeres de la ciudad de La Rochelle"), «durante nuestras pasadas guerras, Francia ha visto sus ciudades furiosamente asaltadas y valientemente defendidas por mujeres que, con armas en las manos, han hecho grandes esfuerzos y protagonizado magníficas hazañas».⁹²

Los relatos de asedios actualizaron estas historias en respuesta a los cambios radicales en la tecnología artillera, las técnicas de fortificación, el tamaño de los ejércitos, el reclutamiento de mercenarios y las motivaciones religiosas que habían alterado sustancialmente las prácticas de la guerra de asedio.⁹³ Los discursos sobre la defensa durante los asedios ahora incorporaban regularmente discusiones sobre bastiones, artillería, fuego de mosquetería, soldados indisciplinados y coerción religiosa. El desarrollo paralelo de la guerra de Flandes (1566–1609) dio pie

⁸⁸ *L'Exercice militaire faite a present par les femmes de La Rochelle. Avec les ordonnances a ce subject. Ensemble les fortifications qu'elles ont faictes, & tout ce qui s'est passe en ladite ville, jusques a present*, París, Matthieu LeBlanc, 1621. Bibliothèque Nationale de France, 8° Lb36 1739.

⁸⁹ *Ibidem*.

⁹⁰ Marina WARNER: op. cit., pp. 211-14. Charity CANNON WILLARD: "Early Images of the Female Warrior: Minerva, the Amazons, Joan of Arc", *Minerva: Quarterly Report on Women and the Military*, 6: 3 (1988), pp. 1–11. Sobre Deruet, véase Andre CHASTEL: *French Art: The Ancien Regime, 1620–1775*, tr. Deke Dusinberre, París y Nueva York, Flammarion, 1996, p. 101.

⁹¹ Caroline-Stephanie-Felicite DU CREST GENLIS: *Les Chevaliers du cygne ou la cour de Charlemagne*, París, Maradan, 1811.

⁹² *L'Exercice militaire faite a present par les femmes de La Rochelle. Avec les ordonnances a ce subject. Ensemble les fortifications qu'elles ont faictes, & tout ce qui s'est passe en ladite ville, jusques a present*, París, Matthieu LeBlanc, 1621. Bibliothèque Nationale de France, 8° Lb36 1739.

⁹³ Bert S. HALL: *Weapons and Warfare in Renaissance Europe: Gunpowder, Technology, and Tactics*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997. Geoffrey PARKER: "Early Modern Europe", p. 48. *Id.*: *The Military Revolution...*; Clifford J. ROGERS (ed.): op. cit.. David ELTIS: *The Military Revolution in Sixteenth-Century Europe*, Nueva York, Tauris Academic Studies, 1995. Jeremy BLACK: *A Military Revolution? Military Change and European Society, 1550–1800*, Atlantic Highlands, Humanities Press International, 1991. Michael ROBERTS: "The Military Revolution, 1560–1660", en Clifford J. ROGERS (ed.), op. cit., capítulo 1.

asimismo a nuevas comparaciones. A las mujeres francesas en el asedio de La Rochelle en 1628 se las comparó con las holandesas que lucharon en el sitio de Ostende de 1601-1604.⁹⁴ Estas mujeres podían por tanto recurrir a sus contemporáneas en busca de modelos arquetípicos de defensoras femeninas enfrentadas a circunstancias similares a las suyas.

Françoise de Cezelly ejemplificó en muchos sentidos a la defensora francesa en los asedios de las Guerras de Religión. Françoise, una mujer de la nobleza originaria de Montpellier, era la esposa del gobernador de Leucate y desempeñó un papel clave en la defensa de esa ciudad en 1590. Aunque en gran medida tenemos que confiar en narraciones escritas con posterioridad, el papel casi legendario de Cezelly como defensora se basó en crónicas manuscritas de la época.⁹⁵ Tropas españolas y de la Liga Católica capturaron a su esposo y luego marcharon hacia Leucate, «persuadidas de que, teniendo al gobernador en sus manos, este lugar abriría sus puertas de inmediato». Por el contrario, Françoise de Cezelly organizó las defensas de la ciudad y se preparó para el asedio. Françoise, supuestamente, «reunió a la guarnición y a los habitantes y se situó a la cabeza de los sitiados con una pica en las manos». Después de varios asaltos fallidos, el ejército español y el de la Liga Católica abandonaron el sitio y se retiraron. Enrique IV, lleno de “admiración”, recompensó a Cezelly por sus esfuerzos nombrándola gobernadora de Leucate, disponiendo que pudiera transferir el título a su hijo más adelante.⁹⁶

Françoise de Cezelly respondió a los ideales de las mujeres defensoras y al mismo tiempo se vio incorporada a las narraciones que transmitían esos ideales.⁹⁷ Cuando los sitiadores amenazaron con ahorcar a su marido si Leucate no se rendía, a Françoise se la describe «conmovida, sin por ello flaquear». Si bien es sensible y femenina en su tierna demostración emocional, su resolución de defender la ciudad no se debilita en absoluto, como demostraría su presunta respuesta a los sitiadores: «“Poseo abundantes propiedades”, contestó, con los ojos empapados en lágrimas. “Las pongo a disposición vuestra como pago por su rescate, pero no compraría nada por indigna cobardía [salvo] una vida que mi esposo se avergonzaría de vivir”». Cuando los

⁹⁴ *L'Exercice militaire faite a present par les femmes de La Rochelle. Avec les ordonnances a ce subject. Ensemble les fortifications qu'elles ont faictes, & tout ce qui s'est passe en ladite ville, jusques a present*, París, Matthieu LeBlanc, 1621. Bibliothèque Nationale de France, 8° Lb36 1739.

⁹⁵ El nombre de Françoise Cezelly aparece a menudo como Constance de Cezeli o Constance de Cezelli. La crónica regional de Languedoc escrita en el siglo XVIII hizo uso de extensas fuentes manuscritas para narrar lo ocurrido en Languedoc durante las guerras de religión. Claude DEVIC y J. VAISSETE: op. cit., pp. 805–6. Hasta ahora nos ha sido imposible consultar otras dos crónicas de Cezelly: Gaston VIDAL: “Nouvelle lumieres sur les Barri, Cezelli et le drame de Leucate”, *Bulletin de l'Academie des sciences et lettres de Montpellier*, nouvelle serie 1 (1970–1971), pp. 81–98; M. DE LIMAIRAC: *Le royalisme ou memoires de Du Barri de Saint-Aunez et de Constance de Cezelli sa femme*, París, Valade, 1770. Véase también Guy RANCOULE: “Ginestas et Mirepeisset: Le village et la vie quotienne aux 16eme et 17eme siecles”, disponible en <http://www.ginestas.fr>.

⁹⁶ Esta problemática fuente es una nota biográfica escrita mucho después de los eventos descritos, probablemente a finales del siglo XVII o principios del XVIII. Bibliothèque Nationale de France, Languedoc-Benedictins 100, folio 87. El hijo de Cezelly reclamó más tarde la restitución de las pertenencias confiscadas a su padre. François RAVAISSON (ed.): *Archives de la Bastille. II: Regne de Louis XIV (1659-1661)*, París, A. Durand & Pedone-Lauriel, 1868, p. 337.

⁹⁷ Bibliothèque Nationale de France, Languedoc-Benedictins 100, folio 87.

sitiadores cumplieron su amenaza y mataron a su esposo, algunos miembros de la guarnición de Leucate quisieron cobrar venganza matando a un noble partidario de la Liga Católica al que habían hecho prisionero. Pero «esta mujer, tan generosa como valiente, se opuso» a este sangriento plan. Este elogioso relato describe a Françoise como una “heroína” y afirma que «fue immortalizada por un coraje por encima [del] de su sexo».⁹⁸

Esta identificación de la defensa como un papel adecuado para las mujeres francesas permitió a estas desempeñar roles de género ambiguos y excepcionales durante los asedios desde el momento en que las fuerzas enemigas comenzaban a amenazar sus ciudades. Las mujeres asumieron claramente roles de apoyo, ayudando a los soldados en la defensa de las ciudades de diversas maneras. Un relato coetáneo del asedio de Montpellier en 1562 elogia «la diligencia de las mujeres de Montpellier de todas las haciendas, ya fueran artesanas, comerciantes, burguesas o *damoiselles*, [que] acudían al campamento llevando pan, vino y agua fresca para sus esposos o para los soldados».⁹⁹ Los hombres hugonotes que defendían Mas-Saintes-Puelles «fueron muy bien secundados por las mujeres», y juntos rechazaron dos asaltos protagonizados por un ejército católico, de acuerdo con una crónica regional estrechamente basada en manuscritos de la época a pesar de haber sido escrita mucho después. Los defensores lograron ganar tiempo suficiente para que un destacamento de apoyo protestante reforzara la guarnición de la ciudad, y el comandante del ejército católico, el duque de Joyeuse, finalmente tuvo que abandonar sus esfuerzos y levantar el sitio.¹⁰⁰ Las mujeres de la élite en particular podían ejercer un liderazgo religioso informal dentro de las comunidades asediadas. La aristócrata hugonote Catherine de Parthenay trabajó para «avivar la llama de la resistencia» en el sitio de La Rochelle en 1628.¹⁰¹ Las mujeres desempeñaron un activo papel en la defensa reforzando la moral de los residentes y de los soldados defensores incluso en mitad del combate. Durante el asedio de la ciudad de Bonail en Languedoc, «hasta las mujeres aparecieron en medio de los soldados, alentando a sus esposos».¹⁰² Las mujeres sitiadas inspiraron a los defensores de sus ciudades alentando a sus vecinos y a los soldados para que lucharan burlándose de los sitiadores.

La protección de familias y pertenencias se convirtió en una responsabilidad esencialmente femenina durante los asedios de las Guerras de Religión en Francia. Los relatos de asedios utilizaron modelos literarios, históricos y contemporáneos de defensoras femeninas para retratar a las mujeres como protectoras de sus hogares. Las mujeres católicas que permanecieron en la ciudad de Montpellier, dominada por los protestantes, lo hicieron para defender sus

⁹⁸ Se ha modernizado la puntuación de esta fuente para facilitar su lectura. Bibliothèque Nationale de France, Languedoc-Benedictins 100, folio 87.

⁹⁹ Crónicas y documentos citados en Jean Baumel: *Montpellier au cours des XVIe et XVIIe siècles. Les guerres de religion (1510–1685)*, Montpellier, Editions Causse, 1976, p. 117. Arlette JOUANNA: “De la ville marchande a la capitale administrative (XVIe siècle)”, en Gerard CHOLVY (ed.), *Histoire de Montpellier*, 2ª edición, Toulouse, Privat, 2001, p. 150.

¹⁰⁰ Las obras de finales del siglo diecisiete y el siglo dieciocho se adhirieron a menudo a otros relatos iniciales en sus representaciones de mujeres sitiadas. Claude DEVIC y J. VAISSETE: op. cit., p. 746

¹⁰¹ Nancy L. ROELKER: op. cit., p. 403.

¹⁰² La Prise par force de la ville de Bonail en Languedoc. Copia. BM Montpellier, 30017, folio 5.

hogares tras la huida de sus esposos en 1621. Estas mujeres permanecieron refugiadas en sus residencias durante el asedio católico de la ciudad en 1622.¹⁰³ Los discursos de la época asociaban la gestión del hogar con la defensa de las ciudades sitiadas, admitiendo así la participación de las mujeres en el conflicto como una extensión de sus posiciones domésticas y de sus roles como madres. Los *châteaux* fueron blancos frecuentes de violencia civil durante las Guerras de Religión, y las mujeres de la nobleza llevaban mucho tiempo desempeñando un importante papel en la defensa de sus *châteaux* familiares.¹⁰⁴ Los *châteaux* protestantes en el sur de Francia eran blancos especialmente atractivos para las tropas católicas, ya que las familias de la nobleza calvinista a menudo servían como lugares de culto y refugio para los protestantes que vivían en las zonas circundantes. No obstante, la vulnerabilidad de estos *châteaux* y su importancia para la celebración de prácticas religiosas convirtió a las mujeres pertenecientes a la nobleza hugonote en protectoras claves del credo calvinista durante las Guerras de Religión.¹⁰⁵

Si bien los asedios a lo largo de la Edad Moderna podían producir actos desesperados por parte de los defensores, las motivaciones religiosas detrás de la violencia y las severas divisiones sociales de las Guerras de Religión fomentaron el martirio y la defensa hasta la muerte como un adecuado comportamiento de la mujer durante los asedios.¹⁰⁶ El significado mismo de la defensa en este período incorporaba el compromiso religioso de los combatientes, la dedicación a la causa y la creencia en la intervención divina en el devenir de la guerra. Tanto los católicos como los protestantes creían que la herejía debía ser combatida de algún modo y que los humanos actuaban como ejecutores de los designios de Dios.¹⁰⁷ Las mujeres hugonotes que ayudaron en la defensa de Montpellier en 1563 se sentían «resueltas y seguras de las promesas de Dios, que cuida y protege a sus hijos». El relato describe a estas mujeres defensoras como “seguras” de contarse en el “número” de los hijos de Dios, aparentemente haciendo alusión a la noción calvinista de los “elegidos”. La salvación, sugiere esta fuente, sería la recompensa por su sacrificio. «De haberse topado con sus enemigos... los habrían combatido arrojando piedras y dejándose matar antes que rendirse».¹⁰⁸ Los discursos sobre la defensa durante los asedios contemplaban la participación de las mujeres en conflictos religiosos como una extensión de la defensa del hogar, pero los roles ampliados y los sacrificios que las mujeres sitiadas eran entonces exhortadas a asumir crearon oportunidades para que estas se involucraran en otros aspectos de la defensa lejos del hogar.

¹⁰³ André DELORT: op. cit., pp. 1-15.

¹⁰⁴ Edouard DE LA BARRE DUPARCQ: op. cit., pp. 163, 166. Agrippa d'Aubigne citado en *Ibidem*, pp. 173-74.

¹⁰⁵ Una damoiselle, Claude Vincent, solicitó con éxito que se oficiaran servicios religiosos de la Reforma en sus haciendas en 1571. Penny ROBERTS: “Huguenot Petitioning...”, p. 74.

¹⁰⁶ Charles H. PARKER: “French Calvinists as the Children of Israel: An Old Testament Self-Consciousness in Jean Crespin’s *Histoire des Martyrs before the Wars of Religion*”, *Sixteenth Century Journal*, 24 (1993), pp. 227-48.

¹⁰⁷ Denis CROUZET: *Les guerriers de Dieu*, 2 vols., Seyssel, Champ Vallon, 1990, vol. 1, capítulos 3-4.

¹⁰⁸ Crónicas y documentos citados en Jean BAUMEL: op. cit., p. 117.

Trabajadoras en tiempo de guerra

Si los conceptos de defensa tomaron en consideración las posibilidades de participación de las mujeres en la violencia, el trabajo femenino definió las tareas cotidianas de estas durante los sitios. A medida que la perspectiva de un asedio se hacía cada vez más inminente, los magistrados urbanos incrementaban sus esfuerzos para construir, reparar y ampliar las fortificaciones.¹⁰⁹ Las mujeres a menudo proporcionaron el trabajo necesario para estas actividades de construcción, realizando incluso extenuantes trabajos manuales. La construcción de fortificaciones apresuradas exigía a los ciudadanos cavar trincheras, mover tierra de un lugar a otro, cargar piedras y levantar muros de contención. Los materiales debían encontrarse y ser transportados a puntos débiles donde proseguían las labores de construcción. Las mujeres proporcionaban con frecuencia la mano de obra necesaria para estas actividades, realizando incluso trabajos manuales pesados sin los cuales, probablemente, pocas defensas de las ciudades podrían haber resistido un sitio. Las mujeres francesas realizaban el extenuante trabajo manual necesario para construir, ampliar y reparar las fortificaciones durante los asedios.¹¹⁰ A pesar de esta valiosa contribución a la defensa urbana, su trabajo no siempre era valorado por la sociedad patriarcal. Las mujeres que trabajaron junto a los hombres en la construcción de fortificaciones en la ciudad de Montauban en 1586 recibieron solo la mitad de la paga de los hombres; una diferencia salarial nada infrecuente entre hombres y mujeres.¹¹¹

Los magistrados de las ciudades y los comandantes militares a veces organizaban el trabajo de las mujeres creando ordenanzas «para que trabajaran en las fortificaciones de la ciudad». En La Rochelle, entre 1627 y 1628, las mujeres estaban supuestamente «organizadas en veintidós compañías», y cada compañía estaba subdividida en escuadrones. Los escuadrones de cada compañía trabajaban por turnos, de manera que un contingente distinto de 250 mujeres trabajaba cada vez en las fortificaciones. «Algunas llevaban cestas llenas de tierra a los terraplenes de la ciudad, otras cavaban y hacían fosos muy profundos al pie de las murallas». Estas trabajadoras estaban dirigidas por hombres que debían «hacerlas trabajar y dirigir las fortificaciones, y mostrarles cuanto era necesario hacer». El trabajo que hicieron las mujeres para fortificar las defensas de la ciudad liberó a los hombres para que realizaran las tareas de guardia. Las mujeres «merced a su gran vigilancia y esfuerzo repusieron un contrafuerte que se había hundido en las entrañas de la tierra», trabajaron en condiciones muy difíciles, cavando trincheras incluso en las marismas.¹¹² Las fortificaciones en un sector de las defensas de Montauban ape-

¹⁰⁹ Michael WOLFE: “Walled Towns during the French Wars of Religion”, en James D. TRACY (ed.), *City Walls: The Urban Enceinte in Global Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 317–48, capítulo 11.

¹¹⁰ Para saber más sobre la construcción de fortificaciones, véase Michael WOLFE: “Walled Towns ...”, pp. 328–37.

¹¹¹ Las mujeres recibían dos sous al día, los hombres recibían cuatro. Helene GUICHARNAUD: *Montauban au XVIIe, 1560-1685. Urbanisme et architecture*, París, Picard, 1991, p. 26

¹¹² *L'Exercice militaire faite a present par les femmes de La Rochelle. Avec les ordonnances a ce subject. Ensemble les fortifications qu'elles ont faictes, & tout ce qui s'est passe en ladite ville, jusques a present,*

nas habían sido trazadas en el momento en que las fuerzas enemigas comenzaron a aproximarse a la ciudad en 1621, de modo que uno de los oficiales militares que supervisaban las defensas «hizo que las mujeres que entonces allí se encontraban trabajaran, corriendo por la ciudad, buscando barricadas y barriles para completar la *come* ["revellín"] y los baluartes [del hornabeque] [y]... en menos de dos horas la *come* fue completada, rodeada toda ella de barricadas junto con el baluarte». ¹¹³ Los magistrados de la ciudad debían sopesar sus opciones defensivas y considerar cuidadosamente la posición de las mujeres tras las murallas. Los magistrados de Nîmes enviaron a «las mujeres y a todas las bocas inútiles» lejos de la ciudad cuando un ejército enemigo se aproximó. Para un observador de la época, esto era una «señal infalible de que están preparados para soportar un asedio, o si no es para poder negociar mejor su capitulación». ¹¹⁴ Las relaciones de los magistrados con las mujeres eran, por supuesto, mucho más complicadas de lo que sugiere esta crónica. Las mujeres entendían que su labor beneficiaba a sus comunidades, por lo que muchas de ellas optaron por quedarse y soportar asedios incluso cuando los magistrados preferían que se fueran. Un relato del asedio de Montauban en 1621 elogiaba a «aquellos que han defendido su religión, su libertad, sus pertenencias, su honor y sus vidas, así como las de sus mujeres e hijos, su tierra natal y... todas las iglesias de este reino contra la saña de quienes durante largo tiempo han planeado su destrucción». Este autor elogia específicamente la contribución de las mujeres en la exitosa defensa de Montauban, y agradece a «todos aquellos que han luchado con dignidad por la causa de Cristo, además de a las valerosas Amazonas que tan provechosa y valientemente han servido en este asedio». ¹¹⁵ Claramente, la labor de las mujeres contribuyó significativamente a la defensa de las ciudades y demostró que difícilmente constituían “bocas inútiles”.

La labor de estas no cesaba una vez que los sitiadores habían rodeado la ciudad y emplazado artillería de asedio para castigar las murallas. Durante el sitio de Montauban, las mujeres trabajaban durante la noche reparando las fortificaciones que habían sido derribadas por el bombardeo a lo largo del día «sin dejarse estorbar por los sitiadores, que dieron dos alarmas y dispararon varias andanadas contra el hornabeque. Nada de ello perturbó su trabajo». ¹¹⁶ En el sitio de Mas-d'Azil en 1625, las mujeres trabajaron con los hombres durante la noche para reparar las fortificaciones de la ciudad. Después de castigar intensamente la ciudad durante el día, los sitiadores católicos disparaban algunos proyectiles durante la noche para asustar a los ciudadanos que se afanaban en apuntalar las murallas. Por ejemplo, los sitiadores disparaban 187 andanadas durante el día y luego otros siete proyectiles esa noche. Pero, según el noble protes-

París, Matthieu LeBlanc, 1621. Bibliothèque Nationale de France, 8° Lb36 1739. Véase también Peter MERVAVLT: *The Last Famous Siege of the City of Rochel together with the Edict of Nantes*, Londres, John Wickins, 1680.

¹¹³ 'Tableau du siege de Montaulban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 20-21.

¹¹⁴ Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18972, folios 28-29. Sobre la noción de “bocas inútiles”, véase Michael WOLFE: “Writing the City...”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOIX (eds.), op. cit., p. 201

¹¹⁵ 'Tableau du siege de Montaulban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folio 1.

¹¹⁶ *Ibidem*, folios 42-44.

tante que comandaba la defensa de la ciudad, «hombres y mujeres trabajaron con gran coraje» y completaron las reparaciones, y solo una persona resultó herida: una mujer que «perdió su pierna por un disparo de cañón».¹¹⁷ Las mujeres trabajaban a menudo bajo el fuego enemigo y eran heridas con frecuencia. Otro día del mismo sitio de Mas-d'Azil tres soldados resultaron heridos, un sargento que era «un soldado muy valiente» fue abatido y «a una mujer le fue arrancada una pierna por una bala de cañón» mientras trabajaba arrancando piedras del pavimento para reforzar las fortificaciones.¹¹⁸ Este relato es particularmente interesante en la medida que su autor contempla a la vez los sacrificios de “valientes” soldados y mujeres, valorando sus servicios de manera similar.

Las mujeres realizaron otras labores esenciales durante los asedios, a pesar de los extraordinarios peligros que entrañaban incluso las actividades cotidianas. Tanto la obtención de alimentos y agua como la cocina y el lavado de la ropa ganaron en dificultad. Durante el sitio de Montauban en 1621, «doscientas mujeres que iban a lavar ropa y utensilios» se vieron bajo el fuego de las armas de asedio católicas que disparaban sobre uno de los puentes de la ciudad. Las mujeres protestantes que fueron «estorbadas por estos disparos de cañón» enviaron a un tamborilero para que rogase al comandante católico en esa zona del asedio «que no perturbara su lavado». Estas lograron un alto el fuego momentáneo para negociar con el oficial católico Bassompierre, quien les aseguró que ya había ordenado a sus artilleros que no dispararan sobre el puente. Más tarde afirmó que él había «siempre luchado de manera justa con las mujeres».¹¹⁹ El suministro de alimentos se volvía crucial cuando los asedios se prolongaban y los ejércitos sitiadores trataban de someter mediante el hambre a los habitantes de las ciudades para que se rindieran. El pastor protestante Jean de Léry elogió a varias mujeres residentes en Sancerre por su caridad al proporcionar leche a las personas hambrientas en la ciudad sitiada.¹²⁰

Las mujeres ampliaron sus roles ordinarios como curanderas para desempeñar otras tareas de apoyo vitales durante los asedios, brindando ayuda y consuelo a los soldados que defendían las fortificaciones urbanas. Los soldados necesitaban a menudo comida, bebida y atención médica, y las mujeres respondieron a estas necesidades.¹²¹ Según Barbara Diefendorf, Barbe Acarie «fue una de las primeras en ofrecerse como voluntaria para ayudar. Se dice que acudía diariamente al cercano hospital de Saint-Gervais para llevar a los pacientes nutritivos caldos y ungüentos curativos que ella misma preparaba. También ayudaba a limpiarles las heridas y a cambiarles los vendajes».¹²² Incluso si Daniel Hickey está en lo cierto al afirmar que las monjas católicas no pudieron trabajar en hospitales y organizaciones benéficas “mundanas” hasta los programas misioneros de San Vicente de Paúl de principios del siglo XVII, las mujeres

¹¹⁷ Jacques DE SAINT-BLANCARD: op. cit., pp. 16-17

¹¹⁸ *Ibidem*, pp. 26-27.

¹¹⁹ Bassompierre afirmó que él «avoit toujours fait bonne guerre aux femmes» [“siempre había hecho buena guerra a las mujeres”]. François DE BASSOMPIERRE: op. cit., p. 167.

¹²⁰ Jean DE LÉRY: op. cit., pp.153-55. Edouard DE LA BARRE DUPARCQ: op. cit., pp. 170-71.

¹²¹ 'Memoire ou journal du siege de Montpellier'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folios 184-87. 'Tableau du siege de Montauban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folio 56.

¹²² Barbara B. DIEFENDORF: “An Age of Gold?...”, pp. 174-76.

católicas piadosas ya actuaban como cuidadoras de enfermos en contextos urbanos durante asedios y crisis.¹²³ Las ampliaciones de los roles de cuidadoras disponibles para las mujeres sitiadas indican la mayor importancia de su extraordinaria labor durante los asedios. Si los sitios permitieron a las mujeres realizar labores más allá de los roles normativos de género entonces aceptables, las mujeres sitiadas que en efecto tomaron las armas como combatientes deben ser entendidas como casos verdaderamente excepcionales.

Combatientes

La sociedad francesa en este período limitaba el ejercicio de la violencia por parte de las mujeres y raras veces aprobaba su alistamiento en los ejércitos. La noción de mujeres combatientes chocó con los últimos vestigios de los ideales caballerescos en la cultura de la nobleza francesa y entró en conflicto con los códigos renacentistas respecto al oficio de soldado y la masculinidad armada.¹²⁴ No obstante, la literatura medieval había imaginado en ocasiones a las mujeres como combatientes: Juana de Arco, Juliana de Guesclin o Jeanne Laisné (apodada “Juana Hacha”) proporcionaron ejemplos inspiradores para féminas de carácter combativo en las Guerras de religión en Francia.¹²⁵ Algunas mujeres de la nobleza podrían haber tomado las armas para unirse a incursiones ofensivas en territorio enemigo, las cuales fueron una práctica común en las regiones multiconfesionales del sur de Francia durante este período.¹²⁶ Es probable que algunas francesas pudieran hacerse pasar por hombres vistiéndose con ropas masculinas y alistándose en ejércitos de campaña durante las Guerras de Religión, aunque este autor no tiene conocimiento de ningún caso documentado.¹²⁷ Fue sobre todo en situación de asedio cuando las mujeres de las Guerras de Religión pudieron tomar las armas y participar en el combate.

¹²³ Daniel HICKEY: *Local Hospitals in Ancien Regime France: Rationalization, Resistance, Renewal, 1530–1789*, Montreal & Kingston, McGill-Queen’s University Press, 1997, pp. 137–41.

¹²⁴ R. Claire SNYDER: *Citizen-Soldiers and Manly Warriors: Military Service and Gender in the Civic Republican Tradition*, Lanham, Rowman & Littlefield, 1999

¹²⁵ Sarah WESTPHAL-WIHL: “The Ladies’ Tournament: Marriage, Sex, and Honor in Thirteenth-Century Germany”, en Judith M. BENNETT, Elizabeth A. CLARK, Jean F. O’BARR, B. Anne VILEN e Íd. (eds.), *Sisters and Workers in the Middle Ages*, Chicago, University of Chicago Press, 1989; Helen SOLTERER: “Figures of Female Militancy in Medieval France”, *Journal of Women in Culture and Society*, 16 (1991), pp. 522–49; Megan MCLAUGHLIN: “The Woman Warrior: Gender, Warfare and Society in Medieval Europe”, *Women’s Studies*, 17 (1990), pp. 193–209. Algunas mujeres francesas de la Edad Media también participaron en combates ofensivos. Aristócratas francesas como Leonor de Aquitania o Juana de Flandes habían combatido en las cruzadas o en batalla. Philippe CONTAMINE: *War in the Middle Ages*, tr. Michael Jones, Oxford, Blackwell, 1984, pp.241–42.

¹²⁶ Alexandrine de Chateaugay puede servir como ejemplo de mujer que participó en incursiones ofensivas en 1604. Édouard DE LA BARRE DUPARCQ: op. cit., p. 181.

¹²⁷ No obstante, existen algunos ejemplos documentados de mujeres soldado travestidas como hombres en la segunda mitad del siglo XVII. Christine de Meyrak y Geneviève Prémoy se travistieron y prestaron servicio como soldados durante el reinado de Luis XIV. Rudolf M. DEKKER y Lotte C. VAN DE POL: op. cit., pp. 93–96. Véase también: John A. LYNN: *Giant of the Grand Siecle...*

Los asedios, pues, constituyeron oportunidades únicas para que las mujeres desempeñaran roles más amplios en la violencia y el conflicto civil. Durante un ataque en el sitio de Montauban en 1621, «las mujeres demostraron su habitual coraje, habiéndose apresurado al oír la alarma, armadas para entrar al foso. Varias de ellas se encaramaron a las banquetas de tiro y desde ahí combatieron». Una sirvienta agarró «una granada y se la arrojó a los sitiadores, diciendo que les regalaba un *pain de munition* [la ración estándar de pan], pero finalmente fue muerta en combate por una bala de mosquete». Otra mujer luchó en este mismo combate y «cortó siete u ocho picas de los enemigos con su guadaña». ¹²⁸ Las armas cobraron mayor importancia para las mujeres durante los asedios, y las fuentes escritas a menudo se centraban en imágenes de mujeres armadas. Las mujeres que defendieron Sancerre fueron descritas empuñando alabardas y otras armas de asta. ¹²⁹ En el sitio de La Rochelle en 1573, las protestantes participaron en la defensa de la ciudad, y «das [mujeres] más viriles y robustas portaron armas». ¹³⁰

Las representaciones de mujeres armadas en los relatos de asedios subrayaban la excepcionalidad de género de sus roles de combate. No sorprende que las que portaban armas a menudo fueran representadas con características masculinas. Algunos relatos de asedios mencionan específicamente a mujeres usando armas de fuego de uso militar, entrenando y participando en incursiones nocturnas, transgresiones claras de los roles de género incluso en el contexto de la guerra defensiva. ¹³¹ Un folleto protestante que refería el sitio de Montpellier en 1622 describía un “gran número” de mujeres participando en la lucha. Cuando «dos o tres avanzaron hacia las trincheras de los enemigos»,

«una llamada Mourete... realizó una acción digna de una amazona, pues habiéndole salido al encuentro un hombre armado con coraza y casco, ella lo mató con una espada que tenía y se apartó del combate solo cuando dos heridas en la cabeza y el muslo la forzaron a retirarse. Otra muchacha mató a un soldado enemigo con su propia daga. Y ocurre de este modo que el celo religioso y el deseo de preservar su libertad de conciencia... hace a las mujeres despreciar con bravura la muerte.» ¹³²

Las mujeres en ciudades bajo asedio participaron en la defensa de las brechas de las murallas, precisamente los puntos donde los sitiadores lanzaban sus asaltos más intensos. Las pro-

¹²⁸ Tableau du siege de Montaulban'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 40–42. Aquí, escogimos traducir ‘coridors’ como ‘banquetas de tiro’.

¹²⁹ Jean DE LÉRY: op. cit., p. 60.

¹³⁰ Pierre de Bourdeille, *Seigneur Brantome*, citado en Elaine VIENNOT: op. cit., p. 84.

¹³¹ *L'Exercice militaire faite a present par les femmes de La Rochelle. Avec les ordonnances a ce subject. Ensemble les fortifications qu'elles ont faictes, & tout ce qui s'est passe en ladite ville, jusques a present*, París, Matthieu LeBlanc, 1621. Bibliothèque Nationale de France, 8° Lb36 1739. ‘Tableau du siege de Montaulban’. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 33, 34, 61–62.

¹³² ‘Memoire ou journal du siege de Montpellier’. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folios 184–187. Jean BAUMEL: op. cit., pp. 189–90.

testantes participaron en la defensa de La Rochelle durante el sitio de 1573 lanzando piedras a los atacantes católicos, arrojando bombas incendiarias sobre ellos y golpeando a los pocos que alcanzaban la brecha.¹³³ Cuando se abrió brecha en las fortificaciones de Sommieres en 1578, «un grupo de mujeres “de la más baja condición” vestidas con ropas de hombre, tocadas con sombreros con plumas de papel, defendieron valientemente una sección de las murallas que les había asignado el capitán de la milicia, rechazando un asalto católico y a soldados bien curtidos en batallas».¹³⁴ Durante un asalto masivo en Montauban en 1621, «generosas Amazonas acudieron a la brecha abierta en los muros para contener el asalto con sus picas o para reparar la brecha con su esfuerzo».¹³⁵ Mujeres armadas y viriles obtuvieron honores mediante su “generosa” participación en el combate.

Las mujeres peleaban a veces en combates cuerpo a cuerpo, tratando de sostener las improvisadas barricadas que formaban la última línea de defensa tras las secciones derrumbadas de las fortificaciones. Durante un asalto a las fortificaciones de Montauban en 1621, las mujeres de la ciudad «corrieron de inmediato hacia el asalto con guadañas, dirigiéndose directamente al baluarte y escalándolo para impedir el ascenso del enemigo. Arrojaron innumerables piedras que estorbaron grandemente su avance». Una mujer que era jardinera «defendió en los fosos durante el combate, luchando contra sus enemigos, y habiendo tomado la espada de un *gendarme*, lo mató». En medio de sus esfuerzos por rechazar a los atacantes, esta mujer acabó muerta «para gran lamento de todos». Otras dos mujeres, que estaban «armadas con guadañas, atacaron a otro *gendarme*, agarrando una la punta de su pica y la otra usando su guadaña para cortar la mano con que la sostenía». Este relato elogiaba a estas féminas, diciendo que «el coraje de las mujeres... es extraordinario».¹³⁶ En el sitio de Montpellier, un año después, las mujeres protestantes ayudaron a rechazar un gran asalto católico. «Una granada hirió a doce muchachas», registró un relato, y entonces «una joven muchacha de quince o dieciséis años vio a uno de los enemigos, que estaba escalando el revellín, y agarró una pica y se la clavó. Las otras lo remataron, y los enemigos tuvieron más de 120 muertos y heridos».¹³⁷

Un sentimiento de desesperación probablemente motivara a las mujeres que escogían combatir en la defensa de las brechas, pues sin duda estaban al tanto de las violaciones, los saqueos y los asesinatos que se producirían si los atacantes irrumpían en la ciudad. No obstante, los relatos de asedios enfatizaban con frecuencia el heroísmo más que la desesperación de las mujeres sitiadas durante el combate, admitiendo tal vez que podrían haber tratado de esconderse o huir en lugar de convertirse en combatientes.¹³⁸ Un relato sobre las mujeres protestan-

¹³³ Edouard DE LA BARRE DUPARCQ: op. cit., p. 171; James B. WOOD: op. cit., p. 259; Michael WOLFE: “Writing the City...”, en Lucia CARLE y Antoinette FAUVE-CHAMOUX (eds.), op. cit., p. 201.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 201.

¹³⁵ ‘Tableau du siege de Montaulban’. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 18756, folios 42-44

¹³⁶ *Ibidem*, folios 31-32.

¹³⁷ ‘Memoire ou journal du siege de Montpellier’. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folios 182-83.

¹³⁸ En las etapas finales de los asedios de Pamiers y Privas, varias mujeres emprendieron la huida durante la noche, tratando de escapar a través de las líneas de circunvalación. Bibliothèque Nationale de France,

tes de la ciudad de Mas-d'Azil, que desempeñaron un papel crucial rechazando el gran asalto final sobre la ciudad en 1625, enfatiza nociones masculinas del deber: «Las mujeres acudieron a la brecha, cumpliendo con el deber de todo buen soldado en medio del asalto». Una joven llamada Philippe Gave combatió en la brecha y casi murió cuando las balas de mosquete pasaron a través de su cabello y le rasgaron las ropas.¹³⁹ Alrededor de sesenta defensores, hombres y mujeres, fallecieron durante este asalto, pero el exitoso rechazo del mismo convenció a Themines, el comandante del ejército católico, de levantar el sitio de Mas-d'Azil. Una vez que las frustradas tropas católicas abandonaron el lugar, Saint-Blancard, el comandante de los defensores, elogió a las mujeres que lo ayudaron a defender con éxito la ciudad.

Conclusión

Incluso cuando el ejército sitiador finalmente renunciaba a sus ataques, como hizo el ejército católico en Mas-d'Azil, los exhaustos residentes de las ciudades debían comenzar a reconstruir las murallas y los edificios dañados. Los ejércitos sitiadores que obligaron a comunidades como Montpellier a capitular generalmente dejaban guarniciones, reorganizaban los asuntos religiosos e instalaban nuevas autoridades políticas. Las ciudades como Negrepelisse, que cayeron ante los asedios, podían ser destruidas casi por completo por los soldados, que saqueaban, destruían y quemaban todo cuanto encontraban a su paso. Con independencia del destino final de las ciudades asediadas, pues, la violencia sufrida durante los asedios hacía añicos las vidas de muchos residentes y tenía el potencial de transformar comunidades enteras.

Las mujeres debieron hacer frente sin duda a dificultades adicionales para recuperarse y poner sus vidas de nuevo en orden tras los asedios. Los antropólogos sostienen que estas a menudo experimentan una grave desorientación tras haber presenciado traumáticas escenas de violencia social, lo que les dificulta reconstruir sus vidas cotidianas.¹⁴⁰ Estas observaciones apuntan a la desorientación que las mujeres envueltas en las guerras de religión debieron sentir tras la conclusión de los asedios, cuando sus comunidades restringieron las dimensiones de su sujeción y las forzaron a retornar a los roles “femeninos” más restringidos que normalmente habían ejercido. En palabras de Gaspard de Tavannes, uno de los comandantes militares durante las guerras de religión:

«las mujeres deberían ser mujeres, no capitanes: si la enfermedad de sus esposos o la minoría de edad de sus hijos las obliga a entrar en combate, es tolerable una o dos veces si resulta necesario; es más apropiado para ellas mezclarse en los asuntos de una *bonne ville* [ciudad] próxima a los

Dupuy 100, folios 298–301. Luis XIII a María de Médici. Campamento de Privas, 28 de mayo de 1629. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 3829, folios 7–8.

¹³⁹ Jacques DE SAINT-BLANCARD: op. cit., p. 29.

¹⁴⁰ Veena DAS y Arthur KLEINMAN: “Introduction”, pp. 8, 12.

ejércitos que entrar en ellos, donde son heridas por sus enemigos y ridiculizadas por sus amigos.»¹⁴¹

No obstante, las mujeres sitiadas de las Guerras de Religión en Francia son clave para entender las dinámicas más amplias de género y violencia y las formas como han participado activamente en los conflictos militares (en especial en aquellos casos de violencia civil donde el estatus del cuerpo político se ponía en duda). Sus experiencias sugieren tanto las posibilidades como los peligros de la participación en la violencia religiosa y el conflicto civil durante la Edad Moderna. Los relatos sobre la participación de las mujeres en los asedios exponen las complejas dimensiones de la sujeción, tan fundamentales para los estudios actuales sobre género y violencia. El análisis de las “generosas Amazonas” que acudieron a la brecha revela cómo múltiples y contradictorias representaciones de las mujeres y la guerra coexistieron durante este período. Los relatos de asedios de la época demuestran que la guerra estaba lejos de ser exclusivamente una actividad masculina, y que las relaciones de las mujeres con esta no estaban definidas meramente por su vulnerabilidad. Las mujeres en ciudades bajo asedio ejercían la agencia negociando continuamente sus posiciones de sujeto dentro de las comunidades asediadas. Las Guerras de Religión parecen haber representado un período de transición en la historia de las relaciones de las mujeres con los conflictos bélicos, pues las pertenecientes al bando de los sitiados sufrieron, pero al mismo tiempo vieron fortalecida su posición gracias a su inventiva participación en la vida cotidiana durante los asedios.

Aunque los sitios representaron períodos efímeros y transitorios en las vidas de las mujeres, redefinieron las relaciones de género respecto a la violencia y tuvieron profundos significados para las que sobrevivieron a ellos. La bibliografía histórica posterior a menudo ha omitido la presencia de mujeres en la guerra, exaltando en cambio las identificaciones masculinas con el conflicto, pero algunas obras de los siglos XVI y XVII contemplaron al menos la posibilidad de que pudieran haber tomado parte en la violencia organizada. Los autores de relatos de asedios reconocieron su capacidad para adoptar posiciones de sujeto como víctimas, testigos, defensoras, trabajadoras y combatientes. Cuando los relatos de asedios insistieron en que «no debemos ocultar en silencio la generosidad de las mujeres de la ciudad que corrieron en gran número al combate», dieron forma a las nociones contemporáneas de defensa: un ideal de la guerra como esfera de actividad masculina, pero sugiriendo al mismo tiempo que podrían aportar una legítima contribución a la guerra defensiva.¹⁴² Las mujeres pudieron identificarse con sus roles en tiempo de guerra como sitiadas mucho después de que los asedios en los que se vieron involucradas hubieron concluido. Una de las 3hugonotes que defendieron La Rochelle en 1573 clara-

¹⁴¹ Jean DE SAULX: *Memoires de Gaspard de Saultx, Seigneur de Tavannes, en Michaud & Poujoulat (eds.), Nouvelle collection des memoires pour servir a l'histoire de France depuis de le XIIIe siecle jusqu'à la fin du XVIIIe*, vol. 8, Paris, Adolphe Everat, 1838, p. 337. Édouard DE LA BARRE DUPARCQ: op. cit., pp. 181–82.

¹⁴² 'Memoire ou journal du siege de Montpellier'. Bibliothèque Nationale de France, Mss. fr. 23339, folios 184–87.

mente daba gran importancia al arma que había usado durante el asedio. La guardó «tan cuidadosamente como una reliquia sagrada de la que no se desprendería, ni aceptaría grandes sumas de dinero por renunciar a ella, de tanto como la apreciaba». ¹⁴³ La generosidad de estas mujeres no podía ser ocultada por la sociedad mientras poseyeran símbolos así de poderosos.

Notas

El Instituto Universitario Europeo proporcionó un ambiente intelectual gratificante para trabajar en este artículo durante el año académico 2002-2003. Me gustaría agradecer a Pernille Arenfeldt, Shani D'Cruze, Michael Wolfe y a un lector independiente por sus excelentes comentarios sobre los anteriores borradores de este artículo. En octubre de 2001, una versión preliminar de este texto fue presentada en la Sixteenth Century Studies Conference en Denver (Colorado).

¹⁴³ Pierre de Bourdeille, *Seigneur Brantome*, citado en Elaine VIENNOT: op. cit., p. 84.